

UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE PSICOLOGÍA

**ADOLESCENCIA Y TOXICOMANÍAS: UNA
MIRADA A LA REEDICIÓN DE LA
CONFORMACIÓN SUBJETIVA A LA LUZ DEL
FENOMENO DE LAS TOXICOMANÍAS**

Profesora Guía: Carolina Sepúlveda

Profesor Informante: Nicolás Pinochet

Alumno: José Luis Muñoz Castillo

Tesina para optar al título de psicólogo

Santiago, Diciembre de 2017

RESUMEN

Instituciones especializadas nacionales e internacionales (ONU, OEA, SENDA, etc.) consideran el fenómeno de las toxicomanías, como una problemática de época que necesariamente debe ser abordado en función de sus alarmantes cifras, dadas las estadísticas de consumo crecientes. Las y los adolescentes, se presentan en este escenario, como sujeto protagónico, dado que, por una parte a su edad, las cifras concuerdan en que data el inicio del padecimiento toxicómano y por otra parte, los números indican que en los últimos 50 años el consumo en estos ha ido en aumento.

La institucionalidad argumenta, que la problemática se centra principalmente en el incremento de la facilidad de acceso a drogas, derivando de ello, un modo de abordar el fenómeno fundamentado en que las drogodependencias se dan a partir del contacto con la sustancia, de la que hay que prevenir y/o rehabilitar a través de la *desintoxicación*. La sustancia entonces, figura como *la responsable* del fenómeno, quedando el sujeto a la sombra del objeto de consumo, del cual debe alejarse para prevenir y/o salir de su padecer.

En este trabajo, teórico y de orientación psicoanalítica, se pretende hacer crítica de las premisas con las que se aborda el fenómeno en su perspectiva clásica. Para con ello, concebir al adolescente tras la sustancia, sujeto con características subjetivas con determinadas singularidades; en una época, donde la subjetivación tiene la singularidad que merece todo momento histórico; a la luz, de un fenómeno que le soslaya a las sombras de un padecer concebido sin implicancias subjetivas.

DEDICATORIA

A ti, partícipe del resultado de todo esto, risueño corredor de preguntas insoslayables.
Que tu andar transcurra con la felicidad necesaria y que logres hacer del mundo un sendero transitable. Que perder sea un llevadero aprendizaje y que la palabra te acompañe en ello, que la vida te siga deslumbrando y que el sentido te de alegrías.

Para ti Vicente, hijo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos y cada uno de los que me ayudaron y acompañaron en las diversas dimensiones implicadas en la realización de este trabajo. En el lugar de lo académico, a mi profesora guía Carolina, por las orientaciones fructíferas y las discusiones motivantes. A Patricio Moraga, por darme un primer empuje lucido con su catedra universitaria y posteriores conversaciones en el escenario de su buena disposición. En el ámbito familiar, a mi madre Lorena por su ayuda para con el acompañamiento de su nieto, a mi hermano Alejandro, por su oído atento y sus manos dispuestas. A mi hijo Vicente, por esperarme aquellas veces en que el juego se suspendía para avocarme a la tesina, por sus contagiosas carcajadas y conversaciones que me traen devuelta, haciendo que nada tenga más prioridad de sentido. En el ámbito de la cercanía, a Constanza, por su incondicional y compañera ayuda, que la novedad perdure y que las risas no se vuelvan efímeras. Un especial agradecimiento a Enzo, porque semana a semana lo que hablar quiere decir (la frase es de él), se hace presente como aprendizaje a extraer, como recurso fortalecedor del no flaquear, como necesario cuestionamiento al juicio con el que me presento las cosas, por experimentar en su recibimiento los efectos deslumbrantes de la palabra, gracias.

ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN	6
1.1	Formulación del Problema y Pregunta de Investigación	11
II.	APORTES Y RELEVANCIA DE LA INVESTIGACIÓN.....	17
III.	OBJETIVOS	20
1.	Objetivo General:.....	20
2.	Objetivos Específicos:	20
IV.	MARCO METODOLÓGICO.....	21
1.	Constitución Psíquica y Re-edición Adolescente	21
V.	DESARROLLO TEÓRICO.....	29
1.	Capítulo 1: Constitución Psíquica y Re-edición Adolescente	29
1.1.	Primera parte: Constitución Psíquica.....	29
1.1.1.	La pérdida, el Goce, La Cosa.....	30
1.1.2.	Complejo de Edipo y la Organización de la Pérdida	37
1.2.	Segunda Parte: Re-edición Adolescente	41
1.2.1.	Adolescencia y Goce	45
2.	Capítulo 2: Toxicomanías, Sujeto Toxicómano y el Vacío de la Época Contemporánea.....	49
2.1.	Primera parte: Toxicomanías	49
2.1.1.	Adicciones	49
2.1.2.	Del Sujeto Toxicómano	54
2.2.	Segunda parte: Dimensión Contemporánea y Cultural del Fenómeno de las Toxicomanías.....	65
VI.	DISCUSIONES Y CONCLUSIONES	74
VII.	BIBLIOGRAFÍA	85

I. INTRODUCCIÓN

Uno de los nuevos dolores del alma, un problema de cohorte mundial, una de las garantías para las inclinaciones delictivas, etc. Las toxicomanías y/o consumo abusivo y problemático de drogas, son una preocupación que alerta -con la singularidad del alza estadística del consumo adolescente- en nuestra era, una nebulosa a la que respuestas surgen, tanto desde la perspectiva de la seguridad pública, como desde las investigaciones y tratamientos derivados en el área de la salud.

Organizaciones de raigambre internacional, han enfatizado la relevancia de la problemática con sus investigaciones. Los estudios señalan estadísticas consideradas alarmantes, en tanto refieren un creciente aumento del consumo problemático y sus consecuencias. Entre ellas, se perfilan la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de Estados Americanos (OEA), las que orientan sus indagaciones en el uso ilícito y problemático de las llamadas sustancias psicoactivas, como tabaco, alcohol, marihuana, cocaína, inhalables, anfetamínicos, heroína etc.

La ONU, en su último *Informe Mundial Sobre las Drogas 2016* -estudio a cargo de la Oficina de Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito (UNODC)-, señala que alrededor de 250 millones de personas, de entre 15 y 64 años consumieron a lo menos una droga psicoactiva en el año 2014, en el mundo. De la cifra mencionada, más de 29 millones padece trastornos relacionados con el consumo de drogas; 12 millones de

esas personas son consumidores por inyección, de los cuales el 14% vive con VIH. (UNODC, 2016)

En una versión previa, la del *Informe Mundial Sobre las Drogas 2012*, se dedica un capítulo completo de la investigación, al carácter contemporáneo del fenómeno. Si bien, la UNODC reconoce y argumenta que la conflictiva del consumo de drogas tiene un acontecer histórico de tiempos inmemorables, su representación de época se sitúa en la creciente numérica del uso de sustancias tras los desarrollos económicos y en la percepción baja del riesgo en las poblaciones juveniles. (UNODC, 2012)

En los datos señalados, es compartida la conclusión declarada por la OEA, organización que en su último *Informe Sobre Uso de Drogas de las Américas 2015* - estudio a cargo de la Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas (CICAD)-, indica que el auge más preocupante de la problemática se sitúa en el consumo de drogas por las y los adolescentes. La investigación realizada por CICAD, se basa en datos proveídos por observatorios nacionales de diversos países sobre la cuestión de las drogas, entonces y a modo de ejemplo: de 23 países con datos sobre consumo en edad escolar (de un total de 29 países americanos perfilados en el estudio) se afirma que a lo menos el 20% de los jóvenes (entre 13 y 17 años) declara haber consumido alguna bebida alcohólica el mes previo a la realización del estudio, a su vez, en 14 de estos países, la cifra nacional se promedia en un 30% de la población general de adolescentes. (CICAD, 2015)

Sobre las cifras señaladas cabe agregar, que la percepción de riesgo con el consumo de sustancias es baja frente al uso ocasional y el constante. Además, la percepción de

facilidad al acceso a las drogas es asumida como preocupante. Por dar un ejemplo, en el caso de la marihuana, en 4 países aproximadamente el 50% de los adolescentes en edad escolar declara es fácil conseguirla, siendo estos, los países con los índices más altos de consumo. (CICAD, 2015).

Cabe agregar, que en base a lo referido, la OEA afirma que la preocupación principal para el tratamiento del conflicto debe respaldar políticas públicas y de intervención, focalizadas en el consumo de drogas a temprana edad por sus implicancias de riesgo futuro a la adicción. Lo señalado, garantizado por la amplia gama de estudios que relacionan el consumo a temprana edad con trastornos adictivos futuro y las tendencias delictivas. (CICAD, 2015)

En Chile, el Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (SENDA) asevera tras el último estudio realizado por su Observatorio Chileno de Drogas, cifras preocupantes respecto del consumo adolescente. El *Décimo Primer Estudio Nacional de Drogas en Población General de Chile 2014* mantiene índices similares, perfilándose Chile dentro de los países con mayor índice de consumo y riesgo en la población adolescente, donde, por dar ejemplos, el 22,9% de entre 12 y 18 años ha consumido alcohol durante el mes de encuesta; el 13,5 % de la misma edad ha consumido marihuana; el 1,6% ha consumido cocaína. A su vez, la percepción de riesgo y facilidad de acceso a las sustancias persisten bajas en el país. (SENDA, 2014)

Las instituciones mencionadas, funcionan con estrategias conjuntas de abordaje, lo cual se explicita en la *Estrategia Nacional sobre Drogas 2009-2018* elaborado por el

Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes (CONACE), del Ministerio del Interior, desde el cual SENDA articula sus estudios y preconiza sus intervenciones. En la *estrategia*, el fundamento del problema, en términos de su definición como tal, es tomado de la clásica definición de las Naciones Unidas sobre aquello en lo que consiste la cuestión:

El cultivo, la producción, la fabricación, la venta, la demanda, el tráfico y la distribución ilícitos de estupefacientes y sustancias sicotrópicas, comprendidos los estimulantes de tipo anfetamínico, la desviación de precursores, y las actividades delictivas conexas (CONACE, 2014, p. 6).

De tal modo, queda expuesto el carácter mundial de la problemática en razón. A la vez, queda de manifiesto, que tanto los títulos que encabezan y distinguen los estudios realizados por las organizaciones (los informes mundiales, los estudios nacionales, la estrategia nacional, etc. mencionados, se titulan siendo *sobre drogas*), las definiciones del problema y los planes estratégicos de intervención, colindan en que el asunto radica en la peligrosidad de la sustancia. Sustancia adictiva, ilícita, dañina para la salud y para el desarrollo de las sociedades. El argumento de acometida figura que el problema a estudiar e intervenir es la sustancia. De lo que deriva como objetivo: alejar la sustancia peligrosa de las personas y/o a estas, de la sustancia.

Sobre lo dicho, agregar un punto que a las organizaciones mencionadas, se les presenta como complicación ante el objetivo, a saber, que afectar los estados

emocionales con sustancias psicoactivas es una inclinación a voluntad de muchas personas. En palabras de *la Estrategia Nacional* de CONACE:

Ninguna política de drogas puede aspirar a un éxito rotundo; se debe contar con que muchas personas intentarán afectar sus estados emocionales con sustancias psicoactivas y que algunas harán esto hasta el punto de provocarse un daño a sí mismos y, eventualmente a los demás (CONACE, 2014, P. 6).

En síntesis, el consumo problemático de drogas se traduce en tanto tratamiento (y dada la impredecible e inevitable inclinación humana hacia su utilización), en una tendencia por erradicar el objeto de consumo de las posibilidades de quienes se inclinan a él.

Siendo compartida la noción entonces, de que lo que se estudia y aborda principalmente es la sustancia, es que sus derivas interventoras se fundamentan en que la droga debe ser extirpada del mundo, del horizonte de sus consumidores, de sus interesados, de quienes a ella están vulnerables. Extirpación en nombre de la salud, en pos de los desarrollos nacionales. Siendo su garante objetivo, la disminución de las posibilidades de acceso en sus diversas formas, estrategias que apuntan entonces a bajar la demanda y la oferta.

1.1 Formulación del Problema y Pregunta de Investigación

Lo que llama la atención, para ser problematizado, en términos de lo expuesto en los antecedentes, es en primera instancia, lo entendido esencial y generalizadamente como protagónico en el problema: la droga como el foco de estudio e intervención en un fenómeno de orden mundial sobrellevado por sujetos. Sujetos que entonces quedan encubiertos tras las premisas que orientan el modo de asumir el conflicto.

Por otra parte, como dimensión paralela a la primera instancia, el grupo relevado como principal víctima de riesgo y afección: las y los adolescentes, quienes constituyen el principal lugar a indagar, en tanto los estudios mencionados (entre otros) señalan que los trastornos principales relacionados con el consumo de drogas surgen en el mayor de los porcentajes en el consumo a temprana edad.

Sobre lo primero, cabe problematizar el no reconocimiento del sujeto, la no implicación subjetiva; la enarbolación de un objeto como causante de un problema en esencia de afección subjetiva. Sobre lo segundo, el no reconocimiento del principal afectado en términos de su proceso u instancia psicológica, los y las adolescentes; es decir, la no relevación, en términos de relación, entre un periodo donde la constitución subjetiva es re-significada (según las premisas psicoanalíticas más adelante abordadas) y las estadísticas que lo sitúan como principal cifra de consumo con derivas problemáticas.

En segunda instancia, aparece como material a problematizar de los antecedentes, el carácter de época entendido en el asunto. Los estudios señalan que el consumo de drogas con carácter problemático es un fenómeno occidental propio del período histórico de los últimos 50 años, época en que el consumo data un aumento estadístico, principalmente por parte de consumidores adolescentes (UNODC, 2012).

El consumo de sustancias psicoactivas tiene una larga data histórica, cabe preguntarse entonces (considerando el aumento del consumo adolescente propio de los últimos 50 años), sobre el adolescente de la época a la luz de su particular inclinación hacia el uso de tóxicos de alteración afectiva.

Sobre lo dicho, Freud ya enunciaba en 1930:

Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria, es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No solo se les debe ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. (Freud, 1931, p. 78)

La cita de arriba, permite anticipar, una función al hecho de consumir sustancias *embriagadoras*, pues *los pueblos* le han asignado un lugar en tanto propician estados de sustracción de las presiones para con tal o cual realidad impedimento de felicidad.

En este caso, cabe preguntarse, sobre aquello de lo que se pudiese sustraer el adolescente contemporáneo, aquello de lo que se independizara en un mundo propio y refugio, bajo los efectos de la sustancia.

En el mismo trabajo citado, Freud argumenta que el *mal estar* se halla, propiciando sus efectos constitutivos de psiquismo, en la cultura. Y que propio de lo humano es inclinarse a evitarlo, pues el sujeto direcciona su ser en base a la búsqueda de la felicidad, que se traduce, en un evite del displacer (como tensión pulsional). El autor señala tres condiciones propiciantes de *mal estar* en los sujetos: La finitud impredecible de un cuerpo humano en tránsito al deterioro; la supremacía de un mundo externo y natural incontrolable; las relaciones con otros seres humanos (Freud, 1931).

Es decir, lo que propicia malestar confluye en el displacer otorgado por la necesaria vinculación con el mundo por parte del sujeto, con otros y consigo mismo. Tres condiciones necesarias de sobrellevar a la hora de convivir y ser parte de un entramado sociocultural, *mal estar* que en palabras del autor y la escuela que representa, tiene su origen en la más temprana infancia. Momento primero constitutivo, en el que la pérdida (de vivencias satisfactorias irrepetibles y de un primer y gran objeto de amor) motoriza las inclinaciones sustitutivas posteriores, sustituciones al alero del evite de su malestar. *Mal estar* que en síntesis, se encuentra en una cultura que tras la prohibición al incesto lo origina, a su vez, cultura en la que para estar inmerso inevitablemente es reavivado y soportado en la convivencia con el cuerpo propio, el otro y el mundo externo.

Desde el psicoanálisis, la adolescencia es concebida como un periodo transitorio, en el que la niñez se siente en tanto aparece una poderosa sensación de pérdida (cuerpo de niño deja de ser tal, también las relaciones y lugar ocupado en la trama familiar deja de ser tal), por lo que la adultez atemoriza, dado que ésta se perfila como lugar en el que la infancia es relegada al recuerdo y al escenario de re significación de su pérdida (Nasio, 2013); tránsito en el que la emergencia de la pubertad conlleva al despertar de mociones sexuales que derivan el despertar de experiencias sucedidas en la temprana infancia, en el complejo de Edipo, y que como una re-edición es vivenciada la situación dolorosa de la pérdida del primer objeto amado. En palabras del propio Freud:

Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. (Freud, 1991/1905, p. 207)

Lo dicho puede ordenarse como una seguidilla de argumentos. Existe un *mal estar* que se constituye desde las exigencias de la vida vivida en la cultura que prohíbe el goce; un *mal estar* constituido en la temprana infancia tras la pérdida de un lugar y un otro amado prohibido; un *mal estar* que inclina la búsqueda por su evitación tras el

displacer que evoca a la pérdida; evitación en la que la droga ha ocupado un lugar funcional en los pueblos a través de la historia; un *mal estar* que en la adolescencia es sufrido con una singular intensidad donde su modo de evite se entramará a sus recursos psíquicos. Lo dicho, se nos presenta como contexto de indagación, en el que las toxicomanías se perfilan como fenómeno creciente y de riesgo en las juventudes, sin consideración de sus singulares implicancias subjetivas.

En síntesis, el problema tiene un punto de partida arraigado al modo en que las organizaciones especializadas del mundo institucional abordan el fenómeno de las toxicomanías. Fenómeno en el que el sujeto implicado queda encubierto tras la premisa de que el causante esencial a combatir es *la sustancia*. Sujeto que en términos protagónicos marca una particularidad epocal, pues, el problema es contemporáneo en tanto el consumo problemático estadísticamente aumenta, siendo singularmente las y los adolescentes sus principales implicados.

Siguiendo lo dicho, el sujeto de implicancias encubiertas (las y los adolescentes), atraviesa un tránsito particular en que el malestar constitutivo y garante de subjetividad en relación consigo mismo, con otros y en el mundo es reeditado, siendo el displacer de tal reactualización motor de su inclinación a ser evitado. Siendo entonces las *sustancias embriagadoras* aquellas ocupantes de un lugar prometedor de ese evite de displacer, displacer originado entonces al alero de la constitución del psiquismo.

Por lo tanto, el problema a tratar se anuda a la pregunta por el sujeto particular relevado a la sombra de la sustancia y los números que en relación a ella lo miden,

sujeto constituido como tal en una época cultural y sociohistórica en la que se perfila como principal afectado del fenómeno. El problema pesquisado reside en el vínculo existente entre las toxicomanías y su relación con el proceso de constitución de subjetividad, que en su origen estatuye una pérdida, que en la adolescencia es reeditada a partir de relaciones con otros, con el mundo y con el cuerpo propio. Relaciones mediadas por la particularidad del periodo histórico y sociocultural donde confluyen las vidas de los y las adolescentes contemporáneos.

La pregunta que deriva de la formulación del problema:

- *¿Qué acaece en la adolescencia, como proceso de reedición edípica, implicada en las toxicomanías en la época contemporánea?*

II. APORTES Y RELEVANCIA DE LA INVESTIGACIÓN

Siguiendo lo arriba señalado, es que podemos cotejar una relevancia teórica de lo que se pretende indagar y producir como investigación, pues radica en la pregunta por la particularidad subjetiva del tránsito adolescente en la época contemporánea.

Si bien la entrada en este caso se sitúa en lo que concierne al fenómeno de las toxicomanías, resulta ser que su aspecto de contemporaneidad fenoménica, permite una entrada a preguntarse sobre la relación existente hoy día entre la palabra adolescencia y la cosa que refiere. La idea surge de preguntarse por el vínculo existente entre el adolescente y lo que padece, en tanto esto último imbrica un modo, del sujeto en cuestión, de relacionarse consigo, con el mundo y con otros.

La apuesta del presente trabajo de investigación propone un movimiento, un desplazamiento en el modo generalizado de concebir la problemática: desde la sustancia al sujeto, al adolescente. Se insiste en las implicancias sociales y en su particularidad histórica y cultural en tanto espacio específico en que el adolescente es perfilado como protagónico de contemporaneidad y de peligro.

Preguntas como: ¿De qué se sustrae el adolescente consumidor de sustancias embriagadoras en la actualidad? ¿Cuáles son los factores socioculturales que influyen

en la inclinación de independencia respecto de otros y del mundo para el evite de displacer de los adolescentes hoy en día? Preguntas que direccionan la búsqueda por la emergencia de un sujeto tras la sustancia, tras lo que padece, tras las premisas clásicas de abordaje, tras la concepción actual de su ser en el mundo.

La relevancia del problema está dado ya en las cifras, en las estadísticas de incremento en el consumo y en su anudamiento en la adolescencia en conjunto a los peligros que conlleva, el aporte y relevancia teórica de lo que acá nos preguntamos, pasa por aumentar en alguna medida los grados de comprensión que se tienen de la problemática en cuestión.

Por otra parte, es de relevancia, e interés, indirecta de este trabajo, las consecuencias y/o secuelas que pudiesen dejar las intervenciones al alero de premisas arraigadas a una *cosa* como problema, en desconocimiento de la implicancia subjetiva de quien la usa. Consecuencias que por cierto pueden ser asumidas desde el ámbito de los Derechos Humanos, pues para hablar de derechos en general, es premisa previa y necesaria la consideración de un sujeto a la base de una posible vulneración, un sujeto como fundamento de integridad, con libertad de opinión y pensamiento, libertad de ejercer su sexualidad sin perjuicio coercitivo, con posibilidad de ser educado y amparado en la seguridad de su desarrollo etc. por ende, tras las premisas de un problema sin sujeto a la base, ¿qué implicancias podrían acarrear intervenciones de ello derivadas?

Preguntarse por el sujeto y en particular, en su tránsito donde se evidencian las secuelas de su proceso constituyente de subjetividad, abre un sinfín de aristas que permiten virar el modo en que se conciben las cosas. A su vez, permite actualizar la singularidad de un ente sumido en categorías que necesariamente deben ser repensadas para considerar su vigencia.

La mirada con la que se investigará es ciertamente psicoanalítica, siendo el argumento desde el que se indagará la conceptualización -y caracterización en su profundidad-, tanto del sujeto en cuestión, como de la problemática que lo aqueja y su contexto.

III. OBJETIVOS

1. Objetivo General:

Comprender la adolescencia, como proceso de reedición edípica, implicada en las toxicomanías en la época contemporánea.

2. Objetivos Específicos:

- Analizar el proceso constitutivo del psiquismo, a la luz de la pérdida de objeto, reeditado y precursor de angustias en el transcurso de la adolescencia.

- Analizar el problema de las toxicomanías para el adolescente contemporáneo, a la luz de una mirada psicoanalítica y sociocultural.

- Discutir las implicancias del proceso de constitución del psiquismo y la era contemporánea en el fenómeno de la toxicomanía en la adolescencia.

IV. MARCO METODOLÓGICO

El modo en que se encaminará la exploración impulsada por los objetivos y preguntas del problema antes planteado, será por intermedio de dos temas. Cada uno acuñado a un capítulo. El trabajo será teórico, a su vez, las fuentes que se utilizarán serán secundarias

1. Constitución Psíquica y Re-edición Adolescente

El primer capítulo, estará dividido en dos subcapítulos (*Primera y segunda parte*):

- a) Primero (Primera parte: Constitución de psiquismo), el trabajo estará orientado a comprender, a grandes rasgos, el proceso en el cual la subjetividad es constituida. Para eso, se revisará de Jacques Lacan, el *Seminario IV (1994)*, titulado: *La Relación de Objeto*. El *Seminario V (1999)*, titulado: *Las formaciones del Inconciente*. ambas fuentes secundarias. A su vez, se indagará el clásico escrito *El estadio del Espejo como Formador de la Función del Yo (je) Tal como se nos Revela en la Experiencia Psicoanalítica (2003)*, como fuente secundaria. A dichos textos se les agregará conceptualizaciones respecto al asunto emprendidas por Nestor Braunstein en su trabajo *Goce: un Concepto Lacaniano (2006)*; de Sigmund Freud se trabajará con precisión el apartado sobre el deseo del capítulo VII de su tratado *La Interpretación de los Sueños (1900)*, como fuente secundaria.

Sobre el primero, se abordarán precisamente las clases dictadas del seminario, los días 21 y 28 de noviembre de 1956, y el 12 de diciembre del mismo año. Clases en las cuales el autor francés, se propone revisar aquello en la teoría de Freud concerniente a la relación de objeto, su pérdida originaria y sus vicisitudes posteriores.

Si bien su asidero y puntos de referencia se anudan en márgenes lógicos de la teoría freudiana, cabe destacar, que el abordaje del autor se imbrica en uno de los puntos álgidos que Freud nunca sistematizó en rigor (la relación de objeto), siendo el modo de comprender el asunto en este seminario (por ende en gran medida en este trabajo), a la manera en que Lacan lo concibió tras sus indagaciones en la narrativa freudiana (entre otras) y su bagaje praxiológico en el campo clínico psicoanalítico.

Sobre el *Seminario V*, específicamente se trabajará la clase dictada el 22 de Enero de 1958. Siendo aquella, en la que el autor se propone y articula una reconfiguración del clásico Complejo de Edipo freudiano, siendo aquel el que orientará las premisas sostenidas para este trabajo.

El escrito del *Estadio del Espejo (2009)* será transversal a la primera parte de este capítulo, pues en él se encuentran puntos nodales referidos a la emergencia de la subjetividad, en su primer momento, en tanto identificación con el deseo de quien espeja la imagen de un Yo unificado.

El texto de N. Braunstein, *Goce: Un Concepto Lacaniano (2009)*, nos ofrece específicamente una sistematización respecto del concepto de *goce*, para la cual el

autor sintetiza a la luz de tal noción, el proceso de la constitución de psiquismo. Sistematización resultado tras un arduo trabajo investigativo en la literatura freudolacanianana.

El capítulo VII del tratado *La Interpretación de los Sueños (1900)*, en su apartado sobre el deseo, se nos presentará precisamente como punto de apoyo en lo que el autor refiere como *vivencia de satisfacción*, experiencia singular y mítica que da cuenta de un primer momento y partida originaria de las inclinaciones subjetivas hacia el evite del displacer, el deseo, la repetición y la pulsión. Texto que en conjunto al de N. Braunstein, harán de soporte al análisis respecto del proceso constitutivo de psiquismo.

- b) En el segundo apartado (Segunda Parte: re-edición adolescente) de este primer capítulo, se abordará la noción de adolescencia en tanto re-edición de la vivencia constituyente de psiquismo en falta. Principalmente, se continuará con los seminarios lacanianos, aunque esta vez, respaldados con los *Tres Ensayos de Teoría Sexual (1905)*, de S. Freud como fuente secundaria. Dicho texto nos permitirá adentrarnos en el proceso de la pubertad, con ello, conceptos como *hallazgo del objeto*, definirán el camino emprendido, dado que Freud desarrollará en base a tal noción de hallazgo, los efectos con relación a las angustias infantiles, los repliegues narcisistas de la libido y el despertar sexual acompañado de las angustias de las pérdidas en tiempos pretéritos.

A lo referido se agregará el decir de Juan D. Nasio, su texto *¿Cómo Actuar con un Adolescente Difícil?* (2013) como retrato del fenómeno adolescente en la dimensión de sus dolencias manifiestas en la clínica. El autor escribe dicho trabajo con el fin de armar una suerte de consejería para con el trato de adolescentes por parte de analistas y padres. Para ello, propone un breve resumen en torno a lo que se ha dicho en el campo del psicoanálisis sobre el sujeto adolescente, en tanto tránsito subjetivo. Este escrito, fuente secundaria. Por otra parte, se trabajará en este apartado algunas nociones derivadas del trabajo *Clínica Psicoanalítica con Adolescentes* (2000) escrito por varios autores, donde el capítulo a indagar será uno escrito por la analista Analía Ortega, titulado *Problemática del Amor Inicio de las Relaciones Sexuales*. Las nociones a extraer para objeto de este trabajo, son aquellas concernientes a las re significaciones propias del mundo adolescentes, las que obedecen a la vivencia de reactualización de las angustias constitutivas, en relación a la pérdida del objeto.

De tal modo quedaría un primer momento de las indagaciones definido, a saber, como síntesis en torno de aquello que es re-editado (en términos constitutivos) en el trascurso adolescente con su respectivo displacer y su inclinación de evite (en los antecedentes de la introducción señalado).

2. Toxicomanías, Sujeto Toxicómano y el Vacío de la Época Contemporánea

En un segundo capítulo, se abordará directamente el problema de las toxicomanías. Al igual que en el capítulo primero, este se dividirá en dos subtemas. En primera instancia (o subcapítulo, titulado: Toxicomanías) el fenómeno tal como es asumido por el pensamiento psicoanalítico, para en una segunda y final instancia (o subcapítulo, titulado: Dimensión Contemporánea y Cultural del Fenómeno de las Toxicomanías), referirlo desde su contemporaneidad, atendiendo así a una dimensión más o menos contextual de época, en tanto escenario también implicado en la problemática abordada, protagonizada por adolescentes.

Para el primer apartado, se trabajarán principalmente aportes freudianos sobre la cuestión (que al igual que en el primer capítulo, tales aportes tendrían un refuerzo ulterior tras la sistematización de autores posteriores). El primer subcapítulo, tendrá dos dimensiones abarcativas, dos subtemas.

- a) Primero (Adicciones), a la luz de textos freudianos y del mencionado trabajo de N. Braunstein (2006), se atenderá al fenómeno de las toxicomanías en tanto *adicción*, como tendencia de los sujetos consumidores. Se analizará el fenómeno con miras hacia el padecer subjetivo, al sujeto (de la toxicomanía al sujeto en tanto adicto). Los texto a revisar en este primer subtema serán: De S. Freud, la carta escrita a Flies el 22 de diciembre de 1897 como fuente secundaria. Correspondencia en la que el padre del psicoanálisis hace una

primera y dilucidadora referencia a lo que en relación al proceso de constitución psíquica se entenderá como tendencia hacia la *adicción*. El texto anterior mencionado, será analizado y correspondido con algunas referencias enmarcadas en *El Malestar en la Cultura (1931)*, como fuente secundaria del mismo autor. Texto en el que la referencia al consumo de *sustancias*, es abordado por continuidad a lo enunciado en la carta escrita a Flies, lo que permitirá sistematizar nociones en torno a las inclinaciones propias de las subjetividades, en relación al malestar constitutivo y escenificado en la cultura.

Por otra parte, Nestor Braunstein en su texto *El Goce: Un Concepto Lacaniano (2006)*. Nos permitirá con él, comprender los factores que influyen en la inclinación hacia la independencia (señalado con Freud en los antecedentes), de los sujetos para con el mundo (a través del consumo de drogas, como uno de varios y posibles ejemplos), como intento de evite de displacer. Lo dicho, a propósito de lo que encierra el concepto de *goce* en la teoría psicoanalítica sistematizado por el autor.

- b) Como segundo subtema (Del Sujeto Toxicómano), la dirección será en torno al sujeto toxicómano. Es decir, teniendo como primer subtema la condición adictiva como una inclinación de lo humano, de los sujetos, en este segundo subtema la tarea es abordar la particularidad del sujeto implicado y encerrado en el fenómeno de las toxicomanías, la particularidad del sujeto en tanto toxicómano. Para lo dicho es que finalmente se abordará: el trabajo de Sylvie

Le Poulichet, *Toxicomanías y Psicoanálisis, las Narcosis del Deseo* (1996); y de Eduardo Vera Ocampo *Droga, Psicoanálisis y Toxicomanías* (1981) Con ambos trabajos, se perseguirá, con el propósito de plantear y delimitar, a la figura del sujeto encubierto por el tóxico, en relación a su implicación subjetiva y su *ser* toxicómano.

Para la segunda parte o subcapítulo (Dimensión Contemporánea y Cultural del Fenómeno de las Toxicomanías), se abordará el carácter contemporáneo del asunto de las toxicomanías. Se examinará aquello que enuncia el problema como padecimiento de “era” y luego se indagarán los factores socioculturales que propicien aquello. Es decir, se examinará la *era*, para dar paso a su relación con el fenómeno de las toxicomanías en adolescentes en la época contemporánea al momento de las conclusiones.

Para ello, se trabajará nuevamente el trabajo de S. Freud *El Malestar en la Cultura* (1931), en su dimensión más explicativa de la cultura y sus derivas para con el malestar constituyente. De Gilles Lipovetsky el libro *La Era del Vacío* (2000), con tal trabajo, se precisarán descripciones propias del terreno histórico y sociocultural en que se han desenvuelto las toxicomanías contemporáneas, para con ello, definir derivas contextuales sobre el fenómeno en cuestión. Para esto último, se utilizará de Ernesto Sinatra el escrito *¿Todo Sobre las Drogas?* (2010), trabajo con el que se buscará situar al sujeto de las toxicomanías en un escenario histórico-contemporáneo.

En este capítulo, con sus respectivos sub capítulos y sub-temas, se trabajará en base a una sistematización analítica. Es decir, el recorrido tiene por finalidad concebir al

sujeto tras el fenómeno en cuestión (sujeto en términos abstractos, como subjetividad tras el fenómeno). Sujeto en relación a un padecimiento por medio del cual podríamos explicarnos su relación con el mundo, su modo de vincularse con el mundo de los objetos. Ciertamente el capítulo como gran tema es *Toxicomanías y psicoanálisis*, es decir, versará sobre las toxicomanías y la forma de ser estas comprendidas a la luz de la teoría psicoanalítica.

Por lo tanto, teniendo en consideración el proceso constitutivo y su reedición en el tránsito de la adolescencia, asumiendo el problema de las toxicomanías a la luz de las implicancias y tendencias de la subjetividad, es que daremos paso a mirar su escenario, las derivas socio culturales que estarían implicadas en la creciente numérica del consumo adolescente.

En síntesis, el camino es transitar por: la singularidad de un sujeto, en una época particular, a la luz de su sumergimiento en un fenómeno concebido desde sus características de época. En otros términos, se buscará observar aquellos factores de la era reavivante de los displaceres de la conformación subjetiva y aquellos factores de la era prometedores de modos de evite de tal displacer. Cultura, en tanto reavivante de displacer y otorgante de su evite.

El nivel de análisis será el de elaboración, pues se espera construir concepciones en torno a la adolescencia, en relación a uno de sus riesgos y/o padecimiento, a la luz de su particularidad histórica y contextual.

V. DESARROLLO TEÓRICO

1. Capítulo 1: Constitución Psíquica y Re-edición Adolescente

1.1. Primera parte: Constitución Psíquica

Hablar de constitución psíquica y sus consecuencias para con el malestar subjetivo (desde los desarrollos psicoanalíticos), implica necesariamente hablar sobre el complejo de Edipo y las pérdidas previas puestas ahí en juego.

Lo dicho, se responderá desde el modo lacaniano de abordar la cuestión, lo que implica remontarse a momentos previos, a la seguidilla de quebrantos que confluyen en una organización definitiva al momento de transitar los tiempos lógicos del complejo de Edipo.

El proceso que se pasará a describir estará narrado a partir de explicaciones en un primer momento míticas, conclusiones retroactivas y lógicas que se versan a partir de efectos observados a posteriori en la subjetividad.

1.1.1. La pérdida, el Goce, La Cosa

Freud en su tratado sobre los sueños, en el clásico capítulo VII, en su apartado sobre el deseo y su correlato metapsicológico, nos narra una vivencia mítica de satisfacción. El recién nacido experimentará un malestar, una tensión interna propia de la necesidad, que al ser satisfecha trazará en la cría una huella como vivencia de satisfacción. Es interesante el hincapié esbozado por el autor en el hecho de que se trata de una *vivencia*, pues se aloja aquella como el recuerdo de un cierto estado en que la tensión interna desaparece (Freud, 1900).

Freud dirá que tal experiencia se trazará como una huella dividida, entre la tensión de la necesidad biológica y la imagen de su satisfacción. Sucederá que ante las repeticiones de satisfacción posteriores, no habrá identidad; es decir, ante el re-emergir de la tensión de la necesidad y su consecutiva satisfacción, no habrá igualdad para con la huella trazada. Si bien, a la reaparición de la tensión de la necesidad se le satisface, esta experiencia, no estaría enmarcada en la imagen perceptiva de aquella primera y mítica vivencia, de aquel estado primero de tensión satisfecha y trazada como huella. Incluso, ante la no inmediata aparición de la madre, ante su demora y modos de disposición para con ello, la cría alucinará aquella imagen perceptiva, siendo la vivencia primera trazada, una poderosa huella que se situará en efectos más allá de la pura satisfacción de la biológica necesidad. (Freud, 1900).

Con esto, Freud intenta advertir de un momento originario del mecanismo de la formación de los sueños. El deseo sería aquello que con la satisfacción de la

necesidad queda insatisfecho, aquello que deja una cuota de displacer debido a la diferencia entre la satisfacción de una necesidad y la vivencia de satisfacción trazada como huella. La alucinación de la cría sería un modo originario de la producción de sueños, previo a la conformación del psiquismo y su dualidad de principios Placer-displacer y realidad, pues la cría alucinaría con la imagen de aquella vivencia, recargando su huella y encontrando descarga de la tensión, del mismo modo en que los sueños son un mecanismo en el cual se pone en juego el *cumplimiento de deseo*.

Aquella explicación es clara en fundamentar una primera pérdida, pues la vivencia de satisfacción pasará (en su carácter de irrepetible) a ser relegada a algo a lo que el sujeto en ciernes se inclina, será una especie de arranque de motor, primer empuje hacia una meta irrealizable, pero de todos modos meta hacia la que el sujeto emprende su carrera.

Sobre lo dicho, Nestor Braunstein en su trabajo *El Goce: Un Concepto Lacaniano (2006)*, hará un recorrido exhaustivo por la obra de S. Freud y de J. Lacan con el fin de distinguir el concepto en juego. Para ello, se propone sistematizar aquellos momentos míticos de pérdida originaria investigados por los autores que trabaja.

Braunstein nos dirá (desde su sistematización teórica), que el sujeto en ciernes sería un recién nacido indefenso y dependiente para el sostén de la vida, sin conciencia de cuerpo y alteridad, no habría un yo ni un otro, sino que carne y necesidad, estaría abigarrado a una suerte de simbiosis para con quién se encargue de sus cuidados, siendo quién le sostenga, el mundo y él, Uno; es decir, donde el Otro no existe (Braunstein, 2006).

Aquel tiempo, el de los berreos o gritos pelados, serían entonces sumidos en la significación de quién le soporte, quién será para la cría comandante de aquellas vivencias satisfactorias descritas por Freud. Es decir, la función materna no solo satisfaría la necesidad, sino que a su vez, sostendría el berreo en una significación, y tras el acto de satisfacer, arraigaría la tensión en un registro de sentido.

Con el transcurrir del tiempo, con las experiencias sucesivas, con las significaciones en acto ofrecidas por quién le cuide, con las fallidas repeticiones en tanto no hay identidad para con la percepción trazada como huella, con el ir y venir de la función materna, con la respuesta fallida de esta ante el clamar de la cría, con el desarrollo cognitivo y motriz, etc., es que el sujeto en ciernes irá poco a poco perdiendo la posibilidad de aquel estado mítico, lo que lo llevará de modo incesante a encontrarse en la función materna.

En quien le cuide, la cría irá encontrando los significantes que le permitirán alcanzar, de modo diferenciado, tal o cual necesidad a satisfacer, significantes que lo expliquen, que lo unifiquen, significantes que en definitiva relevarán cada vez más el momento mítico al ámbito de lo perdido, pues aquel era un momento sin lenguaje, unificación, diferenciación y explicación. Ante las frustraciones sucesivas, es que la cría se entamará entonces en el lenguaje, dejará de a poco el lugar de ser Uno, para dar paso a la emergencia de Otro en quien encuentre la satisfacción, en quien se representará y hará un lugar. En palabras de Braunstein:

La carne del *insfans* es desde un principio un objeto para el goce, el deseo y el fantasma del Otro. El deberá llegar a representarse su lugar en el Otro, esto es,

deberá constituirse como sujeto pasando, de modo ineluctable, por los significantes que proceden de ese Otro seductor y gozante y, a la vez, interdicator del goce. El goce queda de este modo confinado, por esa intervención de la palabra, en un cuerpo silenciado, el cuerpo de las pulsiones y de la búsqueda compulsiva de un reencuentro siempre fallido con el objeto. Hablo del *wunsch* freudiano, efecto de la experiencia de satisfacción (Braunstein, 2006, P. 25).

Se cursará de tal modo el momento del estadio del espejo, donde en su transcurrir será en el deseo materno, en sus decires sobre el cachorro humano, en sus cuidados y miradas, sus sonidos y tactos, su deseo y por ende su falta, donde el lactante encontrará su lugar y su identificación.

Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad –y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. (Lacan, 2003, P. 90)

Con lo dicho, es que podemos situar en la subjetividad en ciernes un momento sin objeto, un momento de goce sin intermediación simbólica, un tiempo en que *lo otro*

para el lactante no existe. *La Cosa*, es el modo en que J. Lacan referirá aquello del goce en aquel tiempo, según el decir de N. Braunstein; La Cosa (no objeto, pues para ello debería existir un afuera) como aquello del tiempo en que adentro y afuera no están delimitados. Las experiencias de goce suceden sin los signos y significaciones que apunten a identificar y/o diferenciar cuerpo, mundo u otredad.

Aquel momento, con sus frustraciones consecutivas y determinadas (ir y venir materno, particularización de las necesidades, interpretaciones fallidas del berreo, deseo y falta de quien desempeña función materna, etc.), van a constituir para el sujeto en ciernes un momento de pérdida de estado, pérdida del goce, pues con la entrada al lenguaje, el goce es relegado a un tiempo pretérito e inabordable. El lenguaje sostiene al sujeto que en él se entrama y relega al goce a un tiempo perdido, pérdida de La Cosa.

En síntesis, La Cosa es pérdida en tanto la palabra, el signo, el nombre, van hacer emerger la otredad, van a implicar a la cría en un Yo delimitado, van a relegar al estado de goce a un tiempo mítico inalcanzable y de nostálgica sensación. Pero al lenguaje se entra tras las sucesivas frustraciones, por ende, el lenguaje marca la pérdida de La Cosa en la medida en que las frustraciones conllevan hacia el lenguaje, con ello hacia los objetos emergidos como potencia de satisfacción.

Es lo que Lacan enunciará en su IV seminario en relación a la emergencia de los objetos, una primera emergencia en relación a la caída de la madre tras su arbitrio responsivo a la llamada de la cría, ¿Qué ocurre ante las sucesivas frustraciones respecto de la no respuesta de la madre a la llamada?:

Demos nosotros mismos la respuesta. Cae. Si antes estaba inscrita en la estructuración simbólica que hacía de ella un objeto presente-ausente en función de la llamada, ahora se convierte en real.

¿Porque? Hasta entonces existía en la estructuración como agente, distinto del objeto real que es el objeto de satisfacción del niño. Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir, se convierte en una potencia. Esto advirtámoslo, es el esbozo, de la estructuración de toda la realidad en lo sucesivo. Correlativamente ocurre un vuelco un la posición del objeto. (Lacan, 1994, P. 70)

Tal vuelco señalado, es el que con la entrada al universo de las palabras, hará de La Cosa objeto, y en lo sucesivo tanto la madre como los objetos de satisfacción se tornarán potencia quimérica de alcance de La Cosa perdida.

Ahora bien, ese estado de goce, esa plena sensación de satisfacción sin lenguaje, sin símbolos separadores, ese estado de carne gozante, aliviada, satisfecha, tocada y tomada (por otro aun no existente en el protopsíquismo de la cría), emerge como momento, como tiempo perdido una vez que su repetición se relega a lo imposible, pues el goce es tal en tanto que así es perdido, tras la entrada al lenguaje.

La palabra mata a La Cosa, pues el signo, la designación, la pone en el lugar de los objetos, la define en tanto existente en lo simbólico; La Cosa, el goce, en tanto Real queda relegada a su margen de inabordable, simbolizada sus restos hacen sombras nostálgicas. El goce, aquel tiempo mítico, será entonces germen de la compulsión a la

repetición, inclinación de eterno retorno, fundamento de la pulsión de muerte, luz inalcanzable a la que el sujeto exiliado de ella remitirá una y otra vez.

La palabra, procedente del Otro, tendrá que ser el *pharmakon*, remedio y veneno, instrumento ambivalente que separa y devuelve el goce pero marcándolo siempre con un *minus*, con una pérdida que es la diferencia insalvable entre el significante y el referente, entre la palabra y las cosas. (Braunstein, 2006, P. 41)

El goce, en el transcurrir del tiempo irá recorriendo zonas de la corporalidad, carne cuerpo del goce. La carne se hará cuerpo en la medida en que se arraigue el sujeto en ciernes al lenguaje, y el cuerpo se tornará mapa del goce, tendrá zonas que marcarán estadios estructurales del devenir subjetivo, sexual. El sujeto en ciernes encontrará goce en su oralidad, en su analidad, en su genitalidad. Y en cada una de estas, asumirá pérdidas irremisibles que lo irán despojando cada vez más de aquel estado mítico del goce primordial. (Braunstein, 2006).

Con el transcurrir señalado, es que al sujeto en ciernes se le perfilarán los objetos, tal como más arriba es citado en términos del *vuelco*. En el periodo señalado, será quien desempeñe la función materna, quien dirija las sucesivas frustraciones señaladas, quien se perfilará como figura omnipotente de la cual provendrán los objetos-potencia como Don. Período del clásico Fort da, del estadio del espejo, del sujeto en ciernes deseando el deseo materno, ser lo que a esta le falta.

El Edipo tendrá sus tiempos lógicos y estructurantes, el complejo reconfigurado en la órbita lacaniana, tendrá el papel decisivo de la organización de las pérdidas sucesivas provenientes del tiempo mítico y su discurrir. De tal manera, es que el complejo de castración será el punto culmine de renuncia al goce, el advenimiento de los objetos sustitutos, la pérdida del objeto-madre, en tanto el nombre del padre se hace presente como quién intercede desde la prohibición al incesto y da orientación al sujeto en ciernes hacia el camino del goce de los objetos otros, por medio del deseo, en la cadena de significantes oferentes de sustitutos insatisfactorios.

El goce se relegará a una quimera, a un estado huella psíquica inaprensible, pero que inclinará hacia un goce lenguajero, a un goce desfigurado, filtrado, coartado por las palabras y signos de las que se vale el mundo. (Braunstein, 2006)

Articular lo planteado sobre aquello comprendido como el goce, nos permite situar un momento impulsor de inclinaciones psíquicas, que será premisa de lo que se pone en juego en el transcurrir del complejo de Edipo y su salida tras el complejo de castración, orientador de ruta sobre un goce lenguajero.

1.1.2. Complejo de Edipo y la Organización de la Pérdida

Cuando se habla del complejo de Edipo en clave lacaniana, se habla de un complejo entendido a modo estructural y estructurante, se entiende en tiempos lógicos, constituyentes y no evolutivos, o en términos de desarrollo. Incorpora a la clásica

triada un cuarto agente que sería el falo, el cual representaría aquello que inclina la falta de los agentes por la cual se dispondrían entre ellos en los diferentes tiempos lógicos del Edipo. Lacan desarrolla su reconfiguración del clásico complejo en su *Seminario V (1999)*, específicamente en su clase del 22 de enero de 1958, que será pilar de las siguientes descripciones.

El primer momento del complejo de Edipo estará marcado por una triada compuesta por quién desempeñe la función materna, el falo y el sujeto en ciernes. Fase edípica en la que la cría se reconocerá en el deseo de la madre, como un espejo, la función materna será imagen que con su deseo reproducirá en sus cuidados lo que la cría identifique en él como aquello que emite (berreos, movimientos, etc). La cría entonces se identificará con la falta materna, su deseo será deseo materno, su lugar en la triada será el de ser el falo de la función materna. Por cierto, la madre actuará e inclinará su modo de desempeñar la función en aquella vía. (Lacan, 1999)

Primer tiempo en que la cría pasará del goce puro y mítico, a un goce del Otro, momento en que el sujeto en ciernes delimitará su goce de Uno; momento en que la carne pasa a hacerse cuerpo, carne donde el goce transcurría y que con su devenir cuerpo también pasa a ser Otro, perdido en tanto escenario donde el goce se inscribía. De tal manera transcurre la alienación conformadora del Yo (je) donde carne pasa a ser cuerpo (por medio de la entrada al lenguaje) y la carne ahora cuerpo se torna Otro, por intermedio de los significantes de la fuente del Otro materno. La alienación no solo pasa por la conformación yoica tras una imagen devuelta invertida con la que la

cría se identifica, sino que también pasa por una alienación de aquello que en tiempo otrora fue experimentado en la carne, en el caos de lo Real del despertar a la vida.

Por ende, es un primer tiempo lógico que organiza, por medio de la entrada al lenguaje, la pérdida del goce y la orientación hacia una estructuración psíquica, que va trazando las vías por medio de las cuales la inclinación a repetir aquella vivencia mítica se verá filtrada por el mundo de los objetos, de las sustituciones. (Braunstein, 2006, P. 41)

Primer tiempo del Edipo del que la cría necesariamente debe salir para sus momentos seguidos, en tanto la cría no debe quedar presa del deseo del Otro, pues debe desprenderse de éste para dar curso al propio deseo, dar curso a la propia búsqueda de sustitutos que colmen la propia falta. La cría en este primer tiempo entonces se arraiga a una falta que no le es propia, pues esta la reconoce en la falta del Otro, otro-madre, deseo de deseo.

En un segundo tiempo del Edipo, es cuando acaece la privación, la prohibición al incesto se hace presente en dirección tanto a la cría como a la madre. El padre como agente aparece mediado por el decir materno, pues esta última lo enuncia como quien le hace la ley. De tal modo es que el deseo materno tiene un viraje, y el padre aparece como quien prohíbe a esta la reintegración de la cría y a esta última, ser el objeto del deseo materno.

La madre en falta (la cual está por su puesto, constituida en su propia historicidad edípica) deberá dirigir su deseo, deberá orientarlo hacia otro lugar, lugar de quien

prohíbe, de quien en lo simbólico se presentará en tanto ley. Así es como la cría debe renunciar a ser el objeto del deseo materno, clara queda la condición en falta de ésta y el sujeto en ciernes entonces sufre la prohibición de su tránsito hasta ahí realizado. El sujeto en ciernes distingue entonces una especie de Otro del Otro (Lacan, 1999).

El goce hasta acá orientado a ser objeto del deseo materno, goce del deseo de deseo se priva y relega al ámbito de sus sucesivas frustraciones. La prohibición al incesto en tanto ley de la cultura aparece para comenzar la renuncia definitiva, que llevará al sujeto a renunciar al goce perdido, del que fue exiliado.

El tercer tiempo edípico está marcado por el ingreso del agente padre. Pues el nombre del padre es el lugar de una función, es quien detenta la ley. Es el momento del complejo de castración, el sujeto en ciernes ya renunciado a ser el falo del tiempo primero, en este tercero ubica en la función paterna a quien tiene el falo. Es el momento en que en la cría opera la identificación con quien desempeña la función paterna, pues ésta (la cría) desea poseer aquello que el agente padre posee y la madre desea, aquello que la función paterna tendría y por lo cual, le haría la ley a la madre.

Aquello que el padre posee, por alguna razón no revelada al sujeto en ciernes, le confiere privilegios privativos, preferencia materna, autoridad en lo simbólico y ley prohibitiva. Es el momento en que la cría debe entonces renunciar a tener el falo, y soportar con esa renuncia los títulos conferidos para su devenir sujeto en el mundo. Tercer momento y definitivo, en que la castración hace su tarea, el sujeto renuncia al objeto-madre, a ser y tener el falo, el sujeto en ciernes adviene sujeto, se desposee de lugar estructural, su deseo vira y entra en latencia. El goce de objeto prohibido

entonces deviene objeto lenguajero, los significantes se tornan lugar de sustituciones y en latencia hasta pubertad y/o adolescencia, el sujeto reserva en sus bolsillos los títulos obtenidos de la estructuración e identificación con el nombre del padre, realización de metáfora materna, camino trazado entonces para la dirección del deseo y goce desfigurado por el lenguaje. (Lacan, 1999)

1.2. Segunda Parte: Re-edición Adolescente

Ahora Bien, todo ese revuelo de significantes en el que se inserta activamente el sujeto, será replanteado en la adolescencia. (...) En la adolescencia, esos significantes que representaban hasta ahora al sujeto se mueven, tambalean. Transita momentos de des-ser. Lo que le servía al niño que era, ya no le sirve ahora (Ortega, 2000, P 52).

Resulta esclarecedor lo que nos señala Analía Ortega, en la cita arriba expuesta, en relación a lo presentado en el primer apartado de este capítulo, pues los significantes de los que el sujeto en ciernes se vale para su proceso constitutivo, tambalearán en su periodo adolescente, siendo aquello una de las principales características de tal momento de la vida subjetiva.

Aquello concerniente a su cuerpo, a su imagen, aquello con lo que se representó en la estructura edípica y sus derivas, en el proceso adolescente tenderá al replanteamiento.

Pues, el cuerpo tendrá repentinas transformaciones anatómicas, el periodo de latencia se relegará al pasado tras los impulsos sexuales de la pubertad, y los lugares ocupados para la alteridad en la infancia comenzarán sus últimas difuminaciones definitivas.

Momento de *des-ser*, enuncia Ortega, pues la figura del *ser* niño, “Mi Chiquito”, “El más bueno y aplicado”, etc. ya no constituirán por completo el soporte representativo e identificadorio para el joven, en relación hacia aquello a lo que se transita en la adolescencia (Ortega, 2000).

Juan David Nasio, afirma que la formación definitiva de la personalidad, implica el atravesamiento de dos pruebas dolorosas de la vida humana: el complejo de Edipo y el tránsito adolescente. En ambas, el sujeto se ve desgarrado intentando responder a las exigentes fuerzas pulsionales de su cuerpo (llamada libidinal), exigencias socioculturales (familiares, amigos, valores culturales, etc.), exigencias superyoicas relativas al auto juicio (Nasio, 2010).

El mismo autor señala, que *lo adolescente* puede observarse a la luz de tres dimensiones entramadas. A saber, una biológica, una sociológica y una psicoanalítica. Sobre la primera, todo aquello referido a la pubertad, las transformaciones anatómicas, las condiciones orgánicas de procreación, los despliegues hormonales, los caracteres sexuales secundarios. Respecto de la segunda, todos aquellos factores implicados en que el adolescente es quien deja de *ser niño*; por ende, es para él, el comienzo del fin de las dependencias, las presiones por la autonomía, las inclinaciones de desprendimiento de los cuidadores y sus normas, el

acercamiento a las condiciones que impliquen independencia de quienes sostuvieron su vida, etc.

Sobre la tercera, el autor argumenta que tanto el complejo de Edipo como la adolescencia, son etapas de *Neurosis Sanas*, pues en ambas se trata de las fuerzas pulsionales en relación a las fuertes angustias que las implican en la carencia de significantes que les hagan de soporte. Palabras y comportamientos impulsivos y desfasados, que se enlazan a insatisfacciones permanentes, y con ello conflictos múltiples con el prójimo (Nasio, 2010).

El mismo autor, singularizará el tránsito adolescente como un período, en que el sujeto no puede por completo identificar aquello que le aqueja, aquello que le angustia, en el escenario de metamorfosis en que se encuentra. Agregará, que justamente por lo dicho, es que la adolescencia es un periodo de creatividad, de paso al acto, de expresiva afectividad, pues al no identificar las fuentes de la angustia o no representárselas, es que carecerá de las palabras que le permitirán ir dando lugar o situando aquello que lo pulsa desde lo inconsciente. El autor dirá, que será la figura del otro, la que más aquejará al adolescente y que sus conflictivas se arraigarán en la dicotomía yo vs superyó (en relación a la otredad).

El autor, en síntesis, distinguirá desde su experiencia, una *crisis de la adolescencia*, como modo de comprender un periodo que transcurre a partir de un duelo, el de la infancia. Pues, la adolescencia es un tránsito que lleva al sujeto desde el impulso de afluencias psíquicas, a despojarse de lo infantil, en dirección a la *madurez*. Ciertamente el adolescente se implica en un duelo, el de un rol y/o lugar ocupado en

la trama familiar y por cierto, de quienes hasta entonces se representaba de tal o cual forma como padres y/o cuidadores.

Recordemos que son los significantes con los que el sujeto en ciernes se representó a sí mismo y a las cosas, los que tambalean en la medida en que la metamorfosis adolescente lo conlleva a que estos no harían el completo soporte, emerge la necesidad de re-significar el mundo y la alteridad circundante.

Es según lo dicho, que es posible argumentar en un principio, un especial repliegue descrito por J.D. Nasio, de la adolescencia. El autor señala que la adolescencia tiene cierto carácter sectario, donde los otros emergen como posibilitantes de relación en la medida en que con ellos exista *lo común*, comunes significantes de aferro y representación respecto del mundo y las cosas, de lo contrario, es posible que queden al descubierto aquellas angustias propias del lugar tierno y perdido de la infancia, cuestión temida en creces por los adolescentes.

Freud, en su obra *Tres Ensayos Sobre Teoría Sexual (1905)*, dedica un apartado al que denomina *Metamorfosis de la Pubertad*, en el que desarrolla (clásico en la teoría psicoanalítica) *El Hallazgo de Objeto*. Lugar donde el padre del psicoanálisis afirmará, que el encuentro con el objeto, aquello que en el subtítulo denomina *hallazgo*, es más bien una suerte de re-encuentro con el objeto (Freud, 1905).

Freud argumenta, que las pérdidas tempranas y sus consecutivas angustias infantiles, la distinción entre el pecho como objeto nutricio y de satisfacción sexual, la emergencia del objeto otro y su consecutiva pérdida tras *la barrera del incesto*,

inclinarán las sendas de la adolescencia tras las reavivaciones libidinales. El re-encuentro del objeto entonces, remitirá en el decir freudiano, a que las disposiciones de la pubertad para con la meta sexual, harán del objeto un emergente de doble dimensión, por una parte la genitalidad está preparada desde la primacía para dar curso al acto sexual y por otra parte, hay re-encuentro con el objeto desde la perspectiva psíquica, pues, desde la más temprana infancia el sujeto cursó su preparación representativa. La inclinación infantil hacia los cuidadores, será renovada en la pubertad, dirá el autor, y su huella mnémica operará de guía e inclinación a la hora de la elección de objeto y de la relación con él.

1.2.1. Adolescencia y Goce

Antes decíamos que *la carne* devenía cuerpo tras ser nombrada, unificada, delimitada por el lenguaje, por el reflejo del espejo; con ello a su vez decíamos que La Cosa como mítica vivencia era perdida, en tanto la palabra es marca de su muerte. El cuerpo, figura entonces como imagen unificada de aquello (la *Carne*) que de fragmentos la cría concebía sumergida en el goce primordial de vivencias míticas. El cuerpo, su imagen en el espejo, hará de soporte, de mapa, de aquel goce perdido, el cuerpo surge como representante de las delimitaciones de lo otro, de la emergencia de los objetos, soporte del yo. Aquel cuerpo, aquel primer cuerpo concebido, aquella imagen de anatomía representativa de quién el sujeto-niño(a) *es*, se tornará insostenible, pues la adolescencia marcará rápidos y abruptos cambios morfológicos.

Con el florecimiento puberal, y las condiciones físicas de alcanzar la meta sexual, es que el goce encontrará posibles y desenfrenadas vías de emergencia. Aquel goce relegado a la latencia encontrará en la pubertad entonces impulsos propios de lo puberal; por lo dicho, es que los significantes hasta entonces inmiscuidos en su posibilidad lenguajera, tendrán que ser replanteados. Resulta ser, que los signos que constituyeron representación del propio cuerpo, los significantes con los que se permitía una salida lenguajera al goce, no harán suficiencia. Tránsito de tambaleos, en los que cuerpo, imagen, deseo, goce, sexualidad y pulsión desenfrenarán al sujeto adolescente, poniendo a prueba las consecuencias de su complejo edípico, los resultados de su salida y las posibilidades que los significantes a los que se ha entramado en tal odisea lo inclinen.

Las angustias infantiles, siguiendo a Freud, tendrán su momento de reaparición. Ante el hallazgo del objeto, ante la emergencia del re-encuentro con el objeto perdido, el joven adolescente reavivará sus dolores, miedos, frustraciones, enfados, etc. propias de su infancia edípica (Freud, 1905). Todo aquello con lo que se jugó el amor hacia un primer objeto perdido, estará en el tránsito del joven sujeto hacia la adultez, puesto al servicio de su subjetividad. Los afectos y las relaciones con el objeto re-encontrado estarán marcadas por las angustias del objeto perdido.

La sexualidad tendrá entonces dos importantes momentos constitutivos, siguiendo el decir de Freud. Uno primero, será el del complejo de Edipo. El segundo, será el de la *metamorfosis de la pubertad*. En el primero, el sujeto fantasea su meta sexual, pues las consecuencias anatómicas y la barrera del incesto imposibilitan su llevada al acto

en la realidad. En el segundo, las consecuencias anatómicas ya están dadas y la barrera del incesto culminó su tarea prohibitiva (Freud, 1905), orientando la inclinación hacia otros objetos, sustitutos del perdido, tras el complejo de castración.

Cabe señalar a lo arriba argumentado, y siguiendo el decir del primer apartado de este capítulo, que aquel primer momento de la sexualidad, el de la meta fantaseada, debe ser considerada en su complejidad toda. Siguiendo lo dicho, es que aquello puesto en juego en el segundo momento de la sexualidad en sus términos constitutivos, marcará la reaparición de las frustraciones para con el objeto, marcará las fantasías del alcance de la meta sexual, marcará los mecanismos de los que el sujeto en ciernes se valió para asumir aquel desafío estructurante y angustioso.

Freud, señala *Tres Ensayos Sobre Teoría Sexual (1905)*, que una de las dificultades en occidente moderno respecto de la *metamorfosis de la pubertad*, es la ausencia de ritos que permitan dar un corte iniciático hacia aquello por lo que se inclina a transitar el organismo y psiquismo de los y las jóvenes sujetos. No hay un rito cultural que marque a cierta edad un paso de nivel, un cambio, una iniciación determinada hacia una nueva forma vital (para la que el joven se estuvo preparando) y a priori entienda su complejidad. No, al contrario, en nuestra sociedad el tránsito adolescente queda más bien relegado a las posibilidades que el contexto sociocultural y familiar ofrezcan para su acompañamiento, lo cual complejiza la situación, en la medida en que deja a la deriva de la arbitrariedad del sentido común aquel segundo momento constitutivo de la subjetividad.

Resulta más o menos acorde, de algún modo comprensible, que las sustancias psicoactivas y la experiencia de consumo, se presenten válidos como *quitapenas*. Resulta que las y los adolescentes vivencian sus angustias con una singular novedad e intensidad; pues vivencian una metamorfosis de su *cuerpo*, de su concepción y propio lugar concebido para el *otro*, y por cierto, metamorfosis del *mundo* representado. Tres dimensiones en efervescencia en la pubertad (o como diría Nasio, una dimensión biológica, una sociológica y una psicoanalítica trazantes de etapa *Crítica* de la vida); tres dimensiones de las que los sujetos quisieran prescindir, siendo las drogas, un llamativo y prometedor camino para ello.

2. Capítulo 2: Toxicomanías, Sujeto Toxicómano y el Vacío de la Época Contemporánea

2.1. Primera parte: Toxicomanías

2.1.1. Adicciones

Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones solo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.).

Correspondencia a Flies, 22 de diciembre 1897.

(Freud, 1897, P 314)

La masturbación, como práctica infantil, es observada y descrita desde la perspectiva psicoanalítica, como una inclinación defensiva, desde el placer, ante las angustias consignadas a tal periodo de vida (displacer).

La frustración propia de la *relación de objeto* en la infancia, responde a variadas y diversas implicaciones dinámicas y estructurales. Aunque en síntesis, podríamos inferir (acompañados de todo lo hasta acá indagado), que tales frustraciones comandan aquella angustia primordial y estructurante de los sujetos, angustias de las

que él (la) pequeño (a) se repliega, encontrando apoyo en el *goce* que ofrece el tacto, para con las zonas erógenas de su cuerpo.

Las pérdidas sucesivas, vivenciadas en el proceso constitutivo de la infancia, podríamos colegir, confluyen en que como mecanismo defensivo, el infante encuentre en su cuerpo el goce que propicie el evite del malestar. En el primer capítulo de este escrito, se señala que tales pérdidas ordenadas, corresponden a un paulatino desprendimiento de lugar ocupado, de vivencias rebosantes de goce sin objeto, sin alteridad. Desprendimiento que acaece como proceso, en la medida en que el sujeto en ciernes ingrese al mundo de las palabras, siendo con estas, con las que se irá trazando su subjetividad.

Dicho lo anterior, es que es posible argumentar, que las frustraciones consecutivas de la infancia, obedecen a pérdidas del estado de goce originario, de lugar ocupado en aquel periodo en que la cría se concibe como una suerte de unidad con el mundo y con quien sostiene su vida. Por ende, la actividad autoerótica, puede entenderse como un repliegue desde el goce, frente a la pérdida de estado originario, pérdida de la Cosa, que protagonizada por la función materna, pasará luego a su lugar de objeto. De tal manera enunciado, es que la cita que abre este capítulo, permite asumir el origen de las adicciones, como origen de la actividad defensiva ante el goce primordial perdido.

Decir, que la actividad masturbatoria, es posible consignarla como una “adicción primordial”, asumiendo que el onanismo en la infancia responde a un repliegue ante las angustias que se presentan, (angustias que penden de la pérdida de un goce

primordial y con ello, las frustraciones consecutivas que el acaecer sucesivo de esa pérdida implican), es como decir, que la masturbación en la infancia obedece a una inclinación hacia la recuperación de aquel goce perdido, siendo la adicción entonces, una forma de resistencia ante la pérdida de La Cosa, posteriormente del objeto.

La actividad autoerótica, se podría así deducir de lo dicho, es un evite del malestar por medio del goce, que como las sustancias psicoactivas, repliega al sujeto de aquello que lo posiciona frente a la pérdida.

Recordemos lo enunciado respecto del malestar, según Freud en su obra *El Malestar en la Cultura*: será la relación con el cuerpo, el mundo y el otro lo que mayormente despertará las sensaciones de las angustias constitutivas (Freud, 1931). Angustias constitutivas de las que el sujeto se dispondrá estructurado en función de su evite, evite a través de un repliegue narcisista, evite del cuerpo, del otro y del mundo, a través de medios como las drogas en relación a-dictiva.

Ahora bien, si hasta acá, en este trabajo se ha anunciado, que el lenguaje resulta aquel camino por medio del cual La Cosa del goce primordial se pierde, dado que a través de él es que se da lugar a la emergencia de la otredad, del objeto, del cuerpo, etc. con ello deriva, entonces que el lenguaje resulta aquello a evitar. Entonces la adicción opera como actividad de evite del malestar mediante un goce replegado de las palabras, como insistencia hacia la repetición (imposible en identidad) de aquel estado mítico de rebosante placer sin lenguaje.

Nestor Braustein, siguiendo a Lacan, enunciará que el estado de drogadicción es posible homologarlo al autoerotismo en la infancia, en tanto esto último obedece a las

angustias trazadas por la prohibición originaria (Braunstein, 2006). Prohibición al incesto, que podría situarse desde la cultura, como una imposición para el sujeto en ciernes, de renunciar al goce.

Con lo dicho arriba, volvemos entonces a las premisas freudianas, pues para vivir con otros, en sociedad, en la cultura, el sujeto necesariamente debe renunciar al goce, debe sus pulsiones sustraer por medio de la renuncia al objeto (Freud, 1931) acatando *la barrera del incesto* (Freud, 1905). Con lo dicho, se hace preciso reiterar el decir de Braunstein, que La Cosa, como estado de goce primordial, tiene su culminación definitiva una vez que las derivas de su proceso de pérdida, son organizadas tras el complejo de castración. Complejo ordenador de todo aquello frustrante tan propio del goce primordial y posibilitante de sus transformaciones en derivas lenguajeras (Braunstein, 2006).

Siguiendo lo planteado por S. Freud a W. Flies en la carta citada, con ello las premisas respecto del malestar estructural y cultural, a su vez, la lógica del *gocce* en la teoría de J. Lacan a los ojos de N. Braunstein para este trabajo, es que podemos entonces inferir en lo que va de esta investigación, que homologar la masturbación con la adicción, es situar las adicciones en un fundamento de origen primitivo respecto de la constitución de psiquismo.

Las adicciones se perfilarían como actividades que intentan re-vivir aquel mítico estado entendido como *vivencia de satisfacción*, como repetición que conlleva a re-vivir un momento previo a la pérdida definitiva, actividad-ilusión que busca re-vivir un estado de goce sin ninguna palabra definitoria (definidora de otredad-mundo,

otredad-cuerpo, otredad-otro). Adicción por lo tanto que se situaría, como operación de repliegue fundamentada en el origen de todos los malestares, a saber: la pérdida originaria del goce tras la necesaria intermediación simbólica a la que debe arraigarse el sujeto para devenir tal en la sociedad y la cultura.

En síntesis, Freud en su trabajo *Tres Ensayos Sobre Teoría Sexual (1905)*, en su apartado sobre la *Sexualidad Infantil*, y sus exteriorizaciones en función de la erogeneidad del cuerpo, planteó que la actividad autoerótica es una operación que requiere una satisfacción previa a re-*vivenciar*, como es el caso del chupeteo (zona erógena labial) que intenta re-evocar la acción nutricia y la huella por esta trazada en términos de su placer asociado. Pero, a su vez, Freud argumenta que el autoerotismo no solo propende a revivir el placer así sin más, sino que como condición también es consecuencia de una tensión, de un displacer al que el placer del autoerotismo (gocce) aplaca (*Freud, 1905*)

Así, la forma y sentido del onanismo infantil y su carácter de “adicción primordial”, nos lleva a colegir que ante las tensiones -la angustia que propicia el malestar constitutivo que es a su vez consecuencia de la cultura-, los sujetos tenderán a inmiscuirse con objetos que de modo adictivo (sin intermediación simbólica), otorguen una ganancia de goce que aplaque el displacer gracias a su carácter de re-evocación previa.

Siguiendo a Freud entonces, según sus postulados, la cultura ofrecería sus alternativas, *quitapenas*, como modo de soporte del malestar cultural (*Freud, 1931*). *Quitapenas* que tras sus efectos permitirán al sujeto aislarse del mundo y con ello,

aislarse de aquello que evoque el estado de *falta* constitutiva. *Quitapenas* que en adictiva relación asumidos por el sujeto, tal como el chupeteo (como actividad autoerótica de la infancia) y la masturbación, harán al sujeto evocar un placer antes vivenciado, que para efectos de este trabajo, se trata de aquel goce originario perdido tras la salida de aquel estado mítico del *ser carne* de puro goce sin palabras, estado a re-evocar.

Entonces, entendido lo anterior, es decir, asumida la conducta adictiva como aquella actividad de repliegue con miras al alcance de goce (defensa del malestar) sin la intermediación simbólica, como en aquellos tiempos míticos y posteriormente originarios de la subjetividad, es que podemos pasar a indagar con mayor precisión, el fenómeno de las toxicomanías propiamente tal.

2.1.2. Del Sujeto Toxicómano

Sylvie Le Poulichet, nos provee de un trabajo considerado en gran medida como un clásico en la materia, se trata de *Toxicomanías y Psicoanálisis: la Narcosis del Deseo (1990)*. La autora inicia su trabajo advirtiendo que incluso desde la perspectiva psicoanalítica, no habría una aceptación respecto del tratamiento para con quienes son considerados *toxicómanos*, sin embargo, la coherencia conceptual de la metapsicología analítica promete a lo menos una vía diversa y profunda en comparación con las vías *comportamentalistas*.

Sobre las últimas, Sylvie Le Poulichet expone los trayectos que en relación a la temática han sucedido, con ello las implicancias en relación al sujeto del que se habla (toxicómano) y del fenómeno que precisa (toxicomanías). Lo dicho, en función de una clara inclinación más o menos generalizada de los expertos, de pensar el fenómeno como algo que acaece en la relación: sustancia (toxico) – Organismo (por cierto des-subjetivado). La escisión clásica (moderna) entre *lo psicológico* y *lo fisiológico* persiste, siendo la segunda mencionada el escenario de los efectos a indagar de las particularidades del tóxico (Le Poulichet, 1990).

Las llamadas *drogodependencias*, diría Le Poulichet, son pensadas por las vías comportamentalistas como las dependencias fisiológicas a la sustancia tóxica, a lo cual, una dependencia psicológica duplica tal padecer. Es entonces, que las investigaciones tomarán por camino principal, la indagatoria sobre los tóxicos: sus componentes, características, sus efectos.

Cada droga, se entenderá en relación a sus efectos, como si cada una en sus componentes y características tuviese una especie de personalidad. Quienes están bajo los efectos de una droga determinada, adoptarán entonces la *forma* de tal droga determinada. Como si los consumidores fuesen *poseídos* por las sustancias, por la cocaína (cocainómano), por la heroína (heroinómano), etc. por dar algunos ejemplos.

En tal orden, es que entonces, surgen los estereotipos y psicologizaciones de quienes se entranan en el fenómeno de las toxicomanías. El sujeto queda claramente excluido, pues queda a la sombra del estereotipo levantado en función de los componentes y efectos de una sustancia, a su vez su subjetividad queda solapada bajo

una condición de *organismo* afectado, pasivo, reservorio de los efectos de ser poseído por la droga y su personalidad.

Tradicionalmente, nos plantea la autora arriba mencionada, las locuras han sido pensadas como causadas por alguna sustancia, algún agente tóxico o efecto bioquímico desbalanceante. De ahí los esfuerzos de la psicofarmacología, de pensar en sustancias y efectos de estas que comprometan una adecuación comportamental de los individuos. Volviendo a las toxicomanías, es que es posible situar la investigación clásica de la materia, en torno a las sustancias, sus efectos en el organismo y desde tales efectos, proveer de características a cada tóxico (como aquel tóxico que produce tal o cual comportamiento). Así, el saber de las toxicomanías es un saber del tóxico.

Las terapias clásicas pensadas para el tratamiento de las toxicomanías, tienen en lo comentado entonces su fundamento, su particular interés reside en la extracción del tóxico del cuerpo. Le Poulichet incluso ejemplifica con métodos basados en *saunas*, donde el toxico puede ser más rápidamente expulsado a través del sudor.

La autora también recurre a la propia experiencia clínica. En ella, vislumbra un generalizado discurso del toxicómano, donde el sujeto enuncia con reiteración frases como “Líbrenme de eso”. Con lo mencionado se posibilita argumentar que tanto toxicómanos como médicos organizan su saber alrededor del tóxico. El toxicómano, señala la autora, se siente imposibilitado de renunciar al tóxico, en el cual concibe el daño y el origen de la dependencia.

Es de tal manera, como es que va emergiendo una especie de *órgano psíquico*, que se afecta por sustancias. Siguiendo lo planteado, aparece a la luz de las proposiciones el

carácter ambiguo de las sustancias que afectan al *órgano psíquico*, pues los médicos al contemplar tal organismo prescriben medicamentos que hacen de prótesis, de equilibrio, de normalización, del funcionamiento del órgano psíquico. Siguiendo a Poulichet, la ambigüedad radica, en que si tales medicamentos no son prescritos por el médico, o simplemente el consumidor abusa de ellos con reiteración, estos pasan a ser drogas y el sujeto queda rotulado en la toxicomanía, como quien depende *patológicamente* de la sustancia. Claro, diferente, resulta ser cuando la sustancia de la que el sujeto es dependiente es prescrita, pues ahí, la sustancia hace de prótesis psíquica, de ortopedia yoica que centra y estabiliza como aquello que al órgano le falta para un correcto funcionamiento.

Es a todos los efectos de la sustancia arriba mencionados, que la autora nombrará con la conceptualización griega de Pharmakon, (re abordada por autores como J. Derrida) a la sustancia tóxica de afección del órgano psíquico. El concepto de Pharmakon encierra en su dimensión teórica justamente las antinomias y ambigüedades propias de la operatoria del toxicómano. Así como la cicuta era para Sócrates una decisión cimentada en la justicia, a su vez era esta el veneno que le quitaría la vida (pharmakon, como remedio y veneno). Así, los tóxicos que dañan son a su vez suplencia y/o facilitadores de evasión del displacer. Sustancias que son mentadas para el tratamiento del órgano psíquico, fuera del saber y prescripción médica, resultan ser concebidos como poderosamente destructivos y causantes de padecer en su singularidad.

Sylvie Le Poulichet trae a su exposición, decires que generalizan otra dimensión propia del discurso toxicómano: el de los sujetos que padecen la abstinencia en sus tratamientos, ellos aseguran haber perdido algo que resultó ser parte de su cuerpo, ejemplifica con un paciente que incluso le asegura, haber perdido, haber sido amputado de su brazo derecho. Con esto, es que la autora argumenta y rotula la operación del pharmakon, como la de una sustancia que se vuelve como una especie de *órgano fantasma*.

Podemos hasta acá, con Sylvie Le Poulichet, pensar una doble dimensión de la sustancia, la del pharmakon. Por una parte tiene una dimensión que obedece a un polo alucinatorio (el de una sustancia que forma parte del propio cuerpo y/o ser del sujeto, que falta, que está ausente, que es prótesis de adecuado funcionamiento, etc.) y por otra parte, tiene una dimensión que obedece a la sensación del dolor (la sustancia como la clásica posibilidad de suprimir tóxicamente el dolor). Y es justamente este el punto en que podemos argüir la operatoria de las toxicomanías.

Sigmund Freud, levantó su sustrato metapsicológico sobre la incógnita resonante de un organismo desconocido, del que noticias probablemente se obtendrán con los avances científicos futuros a su época. Él pensaba, que su edificio metapsicológico se levantaba, como una suerte de arquitectura desplegada de asuntos plenamente orgánicos y que, transitoriamente haría de guía mientras lo *otro* se descubriese, es decir, el autor pensaba que algún día sería descubierto el fundamento orgánico de las intelecciones metapsicológicas por él elaboradas.

Lo dicho es lo que Sylvie Le Poulichet aborda, para argumentar que es sobre esa incógnita (nada más que lo real), lo que permite en tanto ausencia, representarse una presencia, coherente con los subterfugios propios del malestar estructural. En otras palabras, así como Freud levantó su metapsicología pensando en que con ella da cuenta de algo que es desconocido e inabordable para su ciencia, así mismo es que el sujeto entramado en la toxicomanía cree hacer presente algo ausente mediante una operatoria alucinatoria.

Pues en ambos casos, se habla de un *cuerpo* perdido, ausente. Uno habla de un organismo observable en la *objetividad* de su *ser*; el otro, persigue un cuerpo sin palabras, uno sin barrar por el lenguaje, la carne del goce de La Cosa antes ya comentada en este trabajo.

Desde aquí podemos atender a cabalidad a la doble dimensión del tóxico para el toxicómano. Aquello propio de su característica alucinatoria, resulta imposible no enlazarlo a aquello que Freud responde como sucesión de la vivencia de satisfacción. Recordemos, que después de la vivencia descrita por el autor, la cría alucinará, es decir, reproducirá por medio de la recarga de la ya trazada huella mnémica de satisfacción, la imagen propia de su vivencia pasada en la que su tensión de necesidad fue descargada. Freud nos dice que por ese medio es que surgen los posteriores sueños del dormir, pues tal alucinación responde a una satisfacción alucinatoria del deseo, tal como los sueños serían un cumplimiento de deseo desfigurados para su emergencia conciente.

De tal modo, concebir esta dimensión alucinatoria de la sustancia, es la que conlleva al efecto de aquello que por Freud es concebido como un *Quitapenas*. La alucinación del toxicómano es la de quien cree que hay algo que *le falta* y es recuperado en los efectos de la sustancia; lo más llamativo resulta ser que lo expuesto por quienes son tratados por Le Poulichet, es que la alucinación pasa por asumir aquello perdido en relación al cuerpo.

Recordemos lo antes bosquejado en relación al goce. Aquello que el toxicómano alucina en relación al consumo de la sustancia, tiene directa relación con aquel cuerpo del goce perdido tras la entrada al lenguaje, pero antes de continuar, recapitulemos lo que hasta aquí se ha esbozado.

Se ha reiterado en decir, que el goce perdido de La Cosa, recobra su posibilidad tras su forma lenguajera derivada del complejo de castración. El sujeto, se vale del lenguaje y de lo que tenga por recurso, para alcanzar aquello perdido, mediante un repliegue del mundo, los otros y el propio cuerpo, en síntesis, un repliegue de lo intermediado por lo simbólico. El sujeto está estructuralmente en malestar, por la pérdida de este goce primordial (sucesivas pérdidas) y su posterior ordenamiento en el complejo edípico. Por ende, el modo de evite de tal malestar, a la luz de la promesa del goce perdido, se sucede de evitar *lo apalabrado*.

Aquel goce primordial, el de la vivencia de satisfacción descrita por Freud, tiene por escenario *el cuerpo*, vivenciado como pura carne, sin alteridad reconocida. Ese cuerpo-carne, es perdido, tras la entrada en el lenguaje, sucediendo que la carne se hace cuerpo, volviéndose *otro* cuerpo del que fue en la vivencia previa a las palabras.

Por otra parte, resulta necesario deducir en este punto, que aquello que define al tóxico (en tanto tal definición es resultante del modo de comprender el fenómeno de las toxicomanías por el pensamiento clásico en torno a la materia) es una especie de personalidad, una suerte de *espíritu de la sustancia* (Le Poulichet, 1990). Personalidad que el tóxico adquiere a través de la observación de sus efectos en los sujetos; vale decir, que aquello que el sujeto actúa bajo los influjos del tóxico, habla del tóxico, no del sujeto para los comportamentalistas. Lo dicho, deja claro a la indagación una especie de ambigüedad, propia del *pharmakon*, respecto de lo *interior* y lo *exterior*. Pues resulta que el tóxico es la categoría protagónica en el fenómeno de las toxicomanías, definida por las características del tóxico, obtenidas del actuar del sujeto.

Tal ambigüedad, a su vez, se potencia bajo la idea de prótesis psíquica antes mencionada, pues la sustancia, ya sea bajo la forma de medicamento o de droga (según verdad que le ampare) viene para el sujeto como tóxico que permitiría corregir un malestar propio de un desvalimiento, causa de malestar. Como si el organismo estuviese desvalido de tal o cual componente que permita sobrellevar tal o cual sensación.

Es aquí que se vuelve a su vez relevante, pensar en la otra dimensión del operar del *pharmakon*, a saber, el de la supresión toxica del dolor; entonces, analgésicos, somníferos, ansiolíticos, psicotrópicos, opiáceos, etc. todos, emergen como prótesis del organismo desvalido según sea su carencia, dolor y malestar.

Entonces, la sustancia concebida como protagónica en el fenómeno de las toxicomanías, borra la barrera de lo interior y lo exterior, configurando un decir generalizado de un sujeto que concibe a la sustancia como propia del cuerpo, como propia del organismo (órgano psíquico), perdiendo así su carácter de objeto (que supone un sujeto, donde el objeto se le comprende como alteridad). Con ello, se explica al menos en la superficie, el carácter de *dependencia* a la sustancia toxica, la cual se presenta al sujeto como parte del organismo; a esto, le sumamos entonces su carácter doloroso de la abstinencia (recordando que es a su vez la inclinación de los tratamientos clásicos) donde los toxicómanos enuncian sentirse *amputados*, al mantenerse alejados de la sustancia.

Por ende, la dimensión alucinatoria del efecto de la sustancia tiene el carácter del sueño, de la vivencia de satisfacción, simulacro de goce primordial; el sujeto alucina la satisfacción de recuperar lo perdido y con ello alcanzar un goce pleno; alucina con recuperar algo que le falta en su cuerpo y que le duele no tenerlo: en síntesis, consumiendo, alucina la satisfacción plena y suprime tóxicamente el dolor (orgánico real o no).

Por otra parte, Eduardo Vera Ocampo, en su trabajo *Droga, Psicoanálisis y Toxicomanía (1981)*, en su capítulo 3 titulado *Aproximación psicoanalítica a la toxicomanía*, hace un recorrido con algunos símiles de lo hasta acá planteado, los cuales pasaré a presentar para potenciar y ordenar lo dicho en este capítulo.

El autor hace un trayecto desde la primera etapa de la sexualidad, donde por apuntalamiento la excitación sexual ocurre marginal a la satisfacción de la necesidad.

La cría, absolutamente dependiente, en un plano vital, de la función materna autoerotiza su pulsión sexual una vez que pierde (o en tal proceso) a su objeto de sostén vital, de necesidad. Esto sucede, a la vez que la cría comienza a representarse a la persona en su conjunto, de su satisfacción (emergencia de su alteridad). El autoerotismo se ocupa de tal proceso en que el objeto se constituye como perdido (Vera Ocampo, 1981). Este proceso comienza a culminar cuando la madre emerge como deseante, se vuelve real y poderosa, de quien dependen los objetos del mundo que por ende se perfilan como objetos de don.

El sujeto acompañado de la defensa autoerótica, con aquellos objetos de don (representativos de la omnipotente madre) juega a la representación de la presencia y la ausencia, emerge connotación de ausencia. El autor precisa, que de aquí surge el carácter de biologización, de necesidad vital, con la que el toxicómano enuncia a su objeto-droga. Pues en la droga, el toxicómano pretende haber hallado el objeto de satisfacción perdido; la droga se perfila así como objeto de la necesidad, que no puede faltarle. Bajo los efectos de la sustancia, entonces el sujeto niega la pérdida, niega con ella la carencia de objeto. En otras palabras, la droga la troca de objeto de placer a objeto de la necesidad, ilusión de la que se vale en el uso de la palabra en tanto en ella encuentra la promesa de un tóxico que asegura la plenitud perdida.

El toxicómano quisiera estar drogado para siempre, diría E. Vera Ocampo, he ahí su acto repetitivo de consumo, pues sin sus efectos llega el dolor de estar en falta, de la desposesión de la ilusión del goce pleno. La droga se le ha convertido en objeto exclusivo y necesario; en el goce del tóxico entonces, se vivencia bajo el ideal de la

autonomía propia del goce, fuera del tiempo, en el espacio privilegiado del goce de la sustancia. Se salva así la integridad narcisista amenazada por la angustia de castración (Vera Ocampo, 1981).

Así mismo, Vera Ocampo asevera que la identidad subjetiva, la alteridad, se constituyen al mismo tiempo en que la pérdida del objeto primario de la necesidad acaece; la pérdida en tal escenario es doble, el sujeto pierde por una parte aquella identidad primaria de la que como cría se perfilaba ante la relación especular con la madre y por otra parte, pérdida del objeto ya enunciado. Ambas, confluyen en la constitución de subjetividad en tanto identidad psíquica y más tarde, en su reedición, la constitución definitiva de una identidad sexual (esta última en relación al objeto perdido; la primera en relación a la identidad primaria sustituida por otra del lenguaje en relación con otros en el mundo).

En síntesis y conclusión, el fenómeno de las toxicomanías es presentado por las premisas psicoanalíticas acá revisadas como una operación de simulacro, un montaje de plena satisfacción. El sujeto tendería de modo estructural a evitar el malestar con una adictiva modalidad, dado que el repliegue ilusorio de independencia es una inclinación constituida desde la pérdida del objeto (período de autoerotismo arriba comentado) como modo de evite del displacer de las angustias infantiles. Ahora bien, los adictos de las toxicomanías, creen hallar en el objeto-droga, aquella ilusión de re-encuentro con el objeto perdido (que duele, que se siente amputado, como si hubiese sido biológicamente parte de quien le perdió), una vez constituido como objeto. Entramado en sus efectos, el sujeto siente que fuera de su experiencia queda carente,

como atravesado por un agujero. Tal como el seno materno, el tóxico para el toxicómano se presenta sin la barrera que define lo interno y lo externo, la relación de los sujetos bajo los influjos de la toxicomanía deja de suponer en la sustancia un *objeto externo*, sino que este se torna parte de sí, como en el plano nutricional de la primera infancia, el tóxico se presenta como representante de una necesidad exclusiva y vital.

Claro está, y queda una gran interrogante, el de la diferencia entre sujetos y sujetos. Hay quienes quedan presos de la operación del tóxico, y quienes no; hay quienes sienten el dolor y la carencia que el tóxico desvía tras la alucinación de la satisfacción plena y supresión tóxica del dolor. La pregunta que emerge atiende sin embargo a las singularidades, pues depende de la historización (Le Poulichet, 1990), de la estructuración de tal o cual subjetividad la forma en que cada sujeto se vale para vérselas con la falta estructural, reconocerla, sustituirla, vivir con ella.

2.2. Segunda parte: Dimensión Contemporánea y Cultural del Fenómeno de las Toxicomanías

S. Freud, en su trabajo *Malestar en la Cultura (1931)*, nos introduce en el campo de una impresión que le causa por parte baja, curiosidad. Se trata de una sensación que le ha sido comentada de quienes experimentan en la vivencia de la fe, una sensación religiosa de plenitud que el autor describe como una suerte de estado oceánico. El autor expone tal estado oceánico como una experiencia donde los límites del yo con

el mundo se desvanecen, como una plenitud arraigada a una experiencia de sentirse uno con el todo.

Por cierto, el autor anuncia que tal sensación bebe de aquel tiempo mítico en que siendo un bebé, el *yo* contenía al Todo, no había deslinde de exterioridad, que tal exterioridad emergió en tanto el sujeto en su crecimiento aprendió a defenderse de los estímulos amenazantes, y por ende tendió a evitarlos en función del displacer que causaban, expulsando así una exterioridad-realidad del *yo* (Freud, 1931). En síntesis, primero el *yo* lo contiene todo, luego de sí desprende un mundo exterior (del que defenderse de su displacer).

Es así, que de la delimitación derivará la distinción entre principio del placer y principio de realidad, lo que implica renunciar al estado oceánico de puro placer sin alteridad. La religión, diría entonces Freud, ofrece una re-ligazón con aquella experiencia perdida, una re-vivencia del estado de plenitud oceánica. De tal manera, Freud con ello ve en la figura de Dios todopoderoso, objeto de la fe, la oferta de un padre perdido y sobreprotector ante las amenazas del mundo exterior (Freud, 1931).

La sensación yoica adulta, diría el autor, no es más que una versión atrofiada de una sensación previa más universal e ilimitada del *yo* con el mundo. La exterioridad se aparece entonces por los influjos apremiantes del mundo exterior, de los que el psiquismo en función del placer se repliega y delimita como exterioridad yoica.

El malestar, como ya se ha mencionado en este trabajo, tiene un carácter cultural según señala el autor. Pues la vida con otros, implica el reconocimiento de la alteridad y para ello la renuncia y/o represión de los influjos pulsionales egoístas y

narcisistas propios del principio del placer. El displacer se presenta en lo cotidiano, y los sujetos tienden a evitarlo pues su pretensión estará constitutivamente dirigida hacia la búsqueda de la *felicidad*, es decir, al evite del displacer, al alcance de episodios de felicidad mediante repliegues.

Ahora bien, resulta ser que la cultura, si bien origina el malestar desde sus orígenes (prohibición al incesto, jurisdicción sobre la privacidad y propiedad, delimitación de la alteridad, renuncia a la agresividad, etc.) ofrece en su desarrollo, a la vez, las posibilidades de evite de tal mal sentir. La intoxicación, el disfrute de la belleza, la sublimación artística y/o investigativa, la religión, yoga, etc. por dar algunos ejemplos de ofertas.

Para vivir en la cultura, el sujeto no solo debe renunciar al placer narcisista y pleno, sino que debe interiorizar la agresividad dirigida hacia el exterior que lo impide, bajo la forma de culpa. Es lo que el autor levantará como *súper-yo*, a saber, agresividad ante la función paterna prohibitiva (sentimiento vengativo para quien priva del goce) introyectada como inclinación inconciente de autocastigo ante los desbordes pulsionales respecto de la represión.

Freud señala en su trabajo, que la institucionalidad de una sociedad y sus ideaciones de sustento, por una parte regulan por medio de la coerción y por otra, levantan figuras ideales superyoicas (el autor distingue y hace análoga, una figura superyoica propia de la individualidad y otra cultural). A su vez, regulan las relaciones interpersonales, al mismo tiempo que se implican en los desarrollos propios de la prevención y control de las dolencias propias de la finitud del cuerpo. Es ahí, donde el

autor verá una especie de dicotomía entre individuo y sociedad, pues mientras en el primero el desarrollo es visto en función del despliegue de lo considerado como *felicidad*, la segunda, obedece a un desarrollo de orden sostenido mediante un ideal de sociedad ordenado, de agresividad e instintualidad aplacada en función de la evolución colectiva (desarrollo económico, de país, etc. mediante sus instituciones).

Asumiendo tales afirmaciones, propias de un Sigmund Freud pensando en los avatares de su época y describiendo conforme a ello, es que podemos resituar al alero de nuestra época, ciertas cuestiones atravesadas por el discurso psicoanalítico.

Gilles Liepovetsky, en su trabajo *La era del Vacío (2000)*, hace una ardua descripción sobre la considerada época posmoderna, era representativa de nuestros días. El autor señala, que lo protagónico de estos tiempos, dice relación con el narcisismo. Se vive en una sociedad de diversidad masificada de objetos y servicios ofertados en pro de una existencia hedonista; época de individualismo exagerado donde la figura del otro pasa a representar una especie de indiferencia, en tanto el otro es tal y tolerado, en la medida que no se cruce con la tendencia hedonista de un narciso replegado en su fantasía de independencia, avalada en el consumo.

El autor nos presenta una sociedad, en la que el narcisismo tiene a su vez una configuración colectiva, para lo que implica su arraigo cultural. Pues los individuos se relacionan con otros en la medida en que exista una mayor afinidad de intereses, son relaciones, que el autor argumenta, se sostienen en la identidad de lo común perseguido, absolutamente exclusivos de tal carácter. Grupos de ayuda, virtuales y organizaciones en función de la identidad, dan cuenta según Liepovetsky, de la

necesidad narcisista de la época por sostener y proteger la individualidad y su personalidad singular. En otros términos, las relaciones se dan mayoritariamente entre grupos particulares, que en su identidad colectiva, no persiguen fines trascendentales, si no que más bien, una especie de reafirmación narcisista del modo elegido en imagen de existir.

Época de una ética que como imperativo inclina hacia el goce individual, al alcance de logros en función del consumo y de la inmediatez de un absoluto sentido del presente. Las causas a futuro, con sentido proyectivo a la manera de un metarelato, quedan marginadas, y las tendencias apuestan más a una individualidad desmesurada en el hedonismo consumista consumado en el presente. En síntesis, tanto la colectividad como la individualidad sustenta su acción en el vacío, en el sinsentido, donde los valores como la *tolerancia*, emergen más bien como protectores de la diferencia sin encuentro, donde cada quien decide su privacidad sin roce con el otro, pues este, en nombre de la libertad, se comporta indiferente aunque en su interioridad y/o con los *idénticos*, invalida tal diferencia. Así, los espacios colectivos también operan como sustentos de diferenciación sin roce con el otro, donde los sujetos se rodean de quienes asienten a la crítica del otro y a la vez protegen de que el otro no roce con quien critica, igual a la inversa (Liepovetsky, 2000).

En la intimidad el individuo se entrega a sus deseos, a los que pone, a diferencia de otra época una mayor permisividad; no hay ídolos superyoicos de la moral ni futuro concebido, solo el vacío del aquí y el ahora acuñado al hedonismo individual y la indiferencia de masa (Liepovetsky, 2000). El mercado, el desarrollo de lo social, la

inclinación de lo político, etc. apunta hacia lo descrito, en tanto los discursos de sinceridad hoy son teatralizados, comprados por su imagen y promesa de placer privado sostenido.

Época de imágenes y sobre estímulos, donde el deseo y/o la invitación al placer aparecen en todas partes y la oferta de instantaneidad del goce se desmesura en generar condiciones de acceso. Las responsabilidades del malestar socioeconómico ya no responden a la pensada lucha de clases (por dar un ejemplo de metarelató), todo pasa a la responsabilidad del individuo y el modo en que ha decidido su vida, la culpa aparece en tanto los accesos de placer se tienen, son o no insuficientes y las insignias a seguir como ideales de ser, son por lo común imágenes de individuos que han alcanzado el goce hedonista, sea por capacidad de consumo, evasión de las normas y/o inteligencia para definir correctamente las circunstancias que remitan a un placer vivido sin límites.

Es a la descripción arriba acuñada, que podemos agregar el decir del analista Ernesto Sinatra, desde su trabajo *¿Todo Sobre las drogas?* (2010) el autor nos señala que el toxicómano:

...adviene como un signo que define la época. Él es quien, por excelencia, no se avergüenza de su goce, él es aquel que lo muestra hasta el extremo de inventarse un ser a partir de una nominación que le viene como anillo al dedo desde el Otro social para seguir gozando en el autismo tóxico: el toxicómano es el *partenaire*-síntoma del capitalismo hipermoderno (Sinatra, 2010, P 53-54)

Siguiendo la representación bosquejada por Sinatra, emerge justamente la figura del toxicómano como aquel nombrado para representar el narcisismo de era expuesto por Liepovetsky. El toxicómano es rotulado por el Otro social, estereotipado en función de una descripción nacida del *espíritu* del tóxico (Le Poulichet, 1990), y por ende este es desprovisto de la responsabilidad de sus actos. Sin embargo, sucede algo llamativo, pues el sujeto dependiente de las sustancias tóxicas, tampoco siente vergüenza alguna de su estado, afirmaríase Sinatra, pues se reconoce en él y se vivencia en la inmediatez de su placer.

E ahí el vacío expuesto por Liepovetsky, dado que el individuo replegado narcisísticamente del que hablamos como estandarte (el toxicómano) se fundamenta en el mero vacío que le acomoda de su representación social, arraigándose en ella como un sin vergüenza replegado en su montaje de satisfacción independiente y plena, autónoma y constante.

Sinatra continúa y radicaliza su postura, señalando que nuestra época empuja a las subjetividades a una especie de *toxicomanía generalizada* (Sinatra, 2010). Tal afirmación no solo encuentra punto de apoyo en la postura freudiana respecto de la adicción como tendencia constitutiva de evite del displacer, sino que a su vez se sustenta de su análisis, que en sus palabras:

...Asistimos a las respuestas cínico-canallas de estados y manipuladores del mercado, en su intento de desposeer a los sujetos de sus coordenadas histórico-políticas: del goce de la destrucción, a la toxicomanía generalizada, al empuje al olvido. O, dicho en términos de la cosmética del mercado: de las

“campañas agresivas”, al “consumo masivo”, a la “libertad creativa de los individuos” (Sinatra, P. 67. 2010).

Así, seguimos al autor en su premisa de que la época se enraíza en los esfuerzos por el olvido (de la historicidad, del otro, del futuro, de la inevitable realidad de ser un futuro cadáver, de la posibilidad política, etc.); el mercado oferta goce voraz por medio del consumo, y las opciones culturales en relación a tóxicos incrementan, con promesas cada vez más llamativas, hasta medicamentos que no producirían *adicción*, emergen ofreciendo la felicidad (así se publicitaba el Prozac en EEUU tras su salida al mercado) (Sinatra, 2010)).

Ernesto Sinatra llega más lejos en su radicalidad, para plantear en su trabajo que la globalización como fenómeno de época, no ha hecho más que fundamentar la soledad de la era. Soledad, dirá el autor, mal llamada, depresión por el DSM, que no hace más que ser expresiva de una cuestión problemática y de profunda relevancia, a saber, que la era del vacío se caracteriza a su vez por el hecho de que los individuos en sí mismos se tornan objetos de consumo del mercado. El vaciamiento de los ideales en la posmodernidad muestra a un goce descarnadamente, proveyendo de placeres y satisfactores, de goce en soledad incluso en el ámbito de la sexualidad, donde en la independencia con otros, las imágenes de los *gadgets*, prometen la satisfacción sexual sin la búsqueda del encuentro con algo más que la tecnología (Sinatra, 2010). Lo que la globalización finalmente propaga, dirá Sinatra, es la soledad, del ser excluido del consumo, de lo irrealizable de las fantasías, del olvido, del no involucramiento tras la fantasía de independencia para el alcance de la satisfacción, etc. Sin embargo, con

una luz al final del camino, la luz del logro individual bajo una forma de vida, vivida individualmente replegado.

Vemos de tal modo, con Liepovetsky y Ernesto Sinatra, como la era en su generalidad se implica en un empuje poderoso hacia la independencia de los otros, *al narcisismo colectivo*, a la soledad, a la autonomía y goce descarnado. Es así, como la cultura originaria del malestar de los sujetos, provee de desmesuradas ofertas de goce; vemos como el ideal cultural propende a un orden netamente productivo y amoral mientras que el ideal de los individuos apunta (en dialéctica vinculación) a una felicidad constante de goce desbordante.

Es a la luz de todo lo dicho en este apartado, que podemos pensar la tendencia de las toxicomanías como una tendencia de época en tanto su operación, la del toxicómano, es la del repliegue narcisista de alcance de la satisfacción plena a través de un goce no intermediado por el lenguaje, independiente de otredad, autónomo en su realización. Es la época del toxicómano dirá Sinatra, pues las condiciones socioculturales no hacen más que potenciar el carácter adictivo estructural de los sujetos, por medio de simulacros de goce pleno sin mediación apalabrada (promesa de lo inmediato).

VI. DISCUSIONES Y CONCLUSIONES

Lo que queda por sentado, desde las premisas de los autores revisados en torno al fenómeno investigado, es que la angustia (en tanto malestar propio de toda subjetividad) resulta fundamento inclinante de las características propias de quienes se implican en las denominadas toxicomanías. Ahora bien, no es cualquier angustia, sino que aquella propia de la constitución de psiquismo temprana, las pérdidas sucesivas en juego y su ordenamiento estructurante en el complejo de Edipo y de castración, resignificadas en el tránsito adolescente.

El malestar, la angustia, la sensación de falta y sus derivas, son ciertamente un sentir cotidiano de las subjetividades en sociedad, en la cultura. Sin embargo, parece diverso a la comprensión, que las angustias de la adolescencia tienen pues, cierta singularidad. Resulta, según lo revisado en el primer capítulo de este trabajo, que la angustia adolescente obedece a un carácter de re-edición de lo constituido estructuralmente; a su vez, implica un duelo, no solo del niño que se fue sino que también, de aquellos recursos simbólicos con los que en tiempo pasado el joven se valió, para representarse los avatares de la realidad circundante, vivida.

El joven adolescente tiene una intensa angustia, que lleva a su período incluso a ser rotulado como crítico (Nasio, 2010). Freud (1905) ya nos advertía, pues la pubertad no solo implica el reencuentro con el objeto y sus efectos de angustia, sino que también la cultura tiene un papel decisivo, dado que rituales de transición no ofrece

como soporte, como hito que garantice el paso de un lugar a otro, en términos de rol, madurez e implicancias, responsabilidades y/o papel a desempeñar en sociedad.

La adolescencia se presenta entonces, como un tránsito angustioso en que lo puberal tiene su encuentro con lo biológico, con la pubertad, con la emergencia real de los caracteres sexuales ya dispuestos para la función vital reproductiva. El reencuentro con el objeto se implica por ende, en la efervescencia pulsional, donde el deseo encuentra en la autonomía para con las figuras del sostén de la vida, la representación para su ilusoria satisfacción. El desprendimiento del mundo adulto en tanto protector y representante del control, resulta una meta decisiva a la hora de obedecer los fervores del deseo.

Volviendo a lo anterior, al decir freudiano en torno a la carencia de amperajes culturales que marquen un paso de una etapa a otra, es que el tránsito adolescente se relega entonces a una temporalidad extensa, indefinida en su trato, a propósito de las singularidades del contexto al que se arraigue. El paso de lo infantil a lo adulto no tiene la claridad suficiente más que la que pueda abrazar poco a poco quien la vivencie, de la mano a los recursos de los que disponga, desde su experiencia singular y de los que la cultura ofrezca para ello. Ya se dijo, que aquello de lo que dispone en este tránsito en términos de la singular experiencia, en la adolescencia, cae en una especie de crisis que amerita reactualizar (Ortega, 2000); mientras que lo ofrecido culturalmente, hoy en día, atendiendo al decir de Liepovetsky (2000), impele solo al goce narcisista como medio de soslayar los impases angustiosos, que se presenta incluso como una suerte de identidad, una imagen ideal.

Asumiendo la era actual, como la era del vacío, la de la inmediatez, sin mañana, sin proyecto ni metarelato, sin fundamentos trascendentes de futuro, claro queda, que el tránsito adolescente se encuentra con dificultades para mentar su adultez futura. Pocos recursos acompañan la posibilidad de proyecto que permita relegar a su lugar necesario, al del duelo (los duelos), las angustias representativas de una infancia constituyente de subjetividad.

No comprendemos al adolescente en tanto trayectoria evolutiva, que se presente entre edades determinadas y curse ciertas etapas implicadas principalmente a una concepción desarrollista de lo psicológico. Sin embargo, biológicamente si atraviesa una patente transformación y resulta ser, que en términos sociales, el adolescente para la cultura sigue siendo responsabilidad de sus cuidadores, a los que les debe obediencia, e incluso su cuerpo aún está bajo su yugo controlador. Quedando por cierto, a lo menos confusa la frontera entre lo infantil y lo denominado como adolescente.

Todo lo anterior, por cierto, dificulta tal momento de la existencia de los individuos que cursan tal transición, pues la cultura no ofrece ritos de paso, no ofrece futuro como posibilidad ideal, el goce está a la orden del día como un mandato de “vive sin el otro”, al mismo tiempo las dependencias no se acaban hasta cumplidas las mayorías de edad, por lo que la autonomía o el desprendimiento, tienen fuertes límites que en las singularidades cotidianas o son remarcadas con severidad, o simplemente inexisten, para dejar así al sujeto dispuesto a las ofertas culturales de evite de displacer.

El tránsito adolescente con sus diversas vertientes de angustia que lo singularizan, encuentra en la época contemporánea variadas particularidades. Pues la tendencia adictiva propia de lo estructural, encuentra en la actualidad el vacío, el sin sentido de trayecto hacia futuro. Resulta entonces que se proporciona en lo contemporáneo, un mundo para las juventudes en el que lo simbolizado hasta su etapa, referente al mundo, al otro y al cuerpo, puede sujetarse a un sinfín de garantías de evite; la oferta de escape sin símbolos de la angustia, aparece entonces como garante protagónico a la hora de vivenciar los sin sabores de la constitución subjetiva intensificada en la adolescencia.

Ernesto Sinatra (2010) clasifica al sujeto toxicómano como el personaje protagónico de la época, es aquel quien lleva la batuta, representando con su forma de vida el modo de la evasión de la falta. Se nos presenta entonces complejo el escenario para quien se perfila como vivenciando la intensa angustia de la reedición de lo constitutivo, pues el tóxico resulta una oferta a lo menos llamativa, para conseguir el estado que promete un goce impreso en la posibilidad de nada saber sobre aquello que duele en el alma.

Si tenemos que la tendencia de la adicción, es una tendencia estructural (de placer alcanzado por fuera de la intermediación simbólica) la adicción a sustancias tóxicas emerge como su alcance radical. Siguiendo los argumentos planteados por Liepovetsky (2000) y Sinatra (2010), es que podemos dilucidar que la época actual podría resumirse, en términos de garantes quitapenas culturales, como la de un influjo desmesurado de potenciar la tendencia adictiva. Pues la era del vacío se caracteriza

por la época del narcisismo, de los repliegues individualistas, de los logros alcanzados en la medida del desarrollo personal e individual. Aquel evite constitutivo del malestar descrito por Freud (1931), encuentra en la contemporaneidad entonces su mayor desarrollo, pues nos encontramos en un momento histórico donde el goce es la medida del triunfo para con el malestar, en tanto el logro se fundamenta en un goce arraigado en el ensimismamiento inmediato del alcance individual.

En tal escenario, tan reiterado para efectos de este trabajo, es que la angustia se presenta cada vez más como una sensación que debiese volverse ajena, como si la división entre principio del placer y principio de realidad que marcaría un dentro y un afuera en la delimitación yoica, tras la externalización de los estímulos angustiosos (Freud, 1931) alcanzara su mayor radicalidad, como si la supresión de la angustia tras el evite de su origen (otros, cuerpo, mundo) tuviese un amplio marco de posibilidad. Por lo tanto, son los toxicómanos los representantes de la ilusión de la posibilidad de encontrar aquello que falta (gocce perdido, origen de toda angustia), aquello perdido y que promete la supresión de todo malestar.

Las sustancias tóxicas, en su dimensión de *pharmakón*, en su oferta de generar consecuencias de estado experiencial subjetivo que enraízan su actuar en una especie de órgano psíquico (Le Poulichet, 1990), logran perfilarse como sustancias que trascienden el carácter de objeto, dada su operatoria ilusoria de romper con la exterioridad e interioridad propia de una relación de sujeto y objeto, pues se tornan aquello que falta para combatir la externa angustia, una vez situada la dependencia. En otras palabras, el tóxico, para el toxicómano, se vuelve un poderoso aliado que

acompaña con su operatoria, al cuerpo, como entidad ilusoriamente biologizada (Vera Ocampo, 1981) frente a la angustia siempre vivenciada como sensación a externalizar desde la delimitación de yo (ante las estimulaciones de malestar relegadas al principio de realidad).

Los adolescentes, en tanto sujetos, por ende adictos (inclinados adictamente para valérselas con el malestar) resultan ciertamente un grupo vulnerable ante la omnipotencia del tóxico, ante la sustancia presentada culturalmente como responsable de un variado sin fin de males (así es como se le prohíbe, siendo esto último de relevancia para con el deseo en efervescencia, pues este emana de una prohibición constitutiva), a la vez que garante de placer desmesurado (como el objeto perdido constitutivo del malestar), capaz de suprimir el dolor y de intensificar alucinatoriamente los estados subjetivos. En otros términos, el adolescente, quien transita re-editando las angustias de la pérdida constitutiva, con los avatares propios de su condición biológica y social (Nasio, 2010) es sujeto vulnerable en tanto se le prohíbe, en nombre de un necesario bien estar, una sustancia que tras de sí es acompañada de poderosas representaciones de placer desmesurado. Escenario similar al que lo implicaba con su primer objeto perdido, en su complejo edípico, con la prohibición al incesto, con el complejo de castración y sus angustias sucesivas y reactualizadas en tal período con singular intensidad.

Los índices de toda época avalan, que el comienzo de las drogodependencias tiene su asidero de origen en la adolescencia (CICAD, 2012). La época actual, se caracteriza por el alto consumo, el incremento estadístico del consumo adolescente acompañado

de la baja percepción de riesgo asimilada para con la relación con tóxicos (CICAD, 2012). La respuesta de las autoridades se basa en la facilidad actual de acceso a las sustancias, en el incremento de oferta y el alcance de cobertura de todo tipo de sustancias en un mundo globalizado. Sin embargo, cabe señalar, que el trato dado para con el fenómeno se imbrica en una concepción de la sustancia que la perfila como objeto protagónico, con un espíritu y personalidad que define y estereotipa a sus consumidores. El problema se percibe y asume en base a un trato con la sustancia entonces poderosa y responsable del estado patológico de sus dependientes, quienes emergen como pasivas víctimas de un tóxico sobrecargado de representaciones, que terminan por definir el accionar y estado psíquico de sus consumidores.

Es posible argumentar, que el alza adolescente tiene por cierto un fundamento subjetivo e inclinante, el de la reedición edípica (como se le ha sintetizado en este trabajo), pero toda subjetividad es anclada en un contexto, en una época. En este caso, la época es la de la potenciación de la condición adictiva estructural de los sujetos. Donde el tóxico, se perfila poderoso precursor de variados males y variadas soluciones para con el malestar, ambigüedad que difícilmente logra delimitar un campo acertado a las propuestas de prohibición de su consumo. El sujeto adolescente está vulnerable, por cierto, al *quitapena* en cuestión, por su tránsito, pero a su vez, su vulnerabilidad es duplicada por una cultura que potencia la adicción como tendencia, al mismo tiempo que prohíbe aquella sustancia tan aseguradora del placer en la era del vacío.

Con lo anterior no se trata de fundamentar un cuestionamiento a la prohibición, o más bien, no es justificación de las llamadas legalizaciones. Solo resulta ser una conclusión que dada la descripción del escenario, representativo del trato clásico y generalizado para con el fenómeno, resulta en alguna medida explicativa de la inclinación de los sujetos, pues ante la prohibición el deseo se echa a andar, con una singular intensidad en el tránsito de las re-ediciones adolescentes.

Sinatra (2010) nos advierte que al ser esta la época del toxicómano, se traduce entonces en que la era inclina a las subjetividades con total desmesura a vivir en función de la promesa del alcance del goce ilimitado, individual, sin la intermediación simbólica. Eso pone a la re-edición del complejo de Edipo propia del tránsito adolescente, a la deriva de la grandilocuente oferta de vivir adictivamente. En ese aspecto, el *quitapena* ofertado por la cultura que lleva el estandarte de logro, claramente es la sustancia tóxica. Las ofertas químicas para el evite de todo tipo de malestares están a la orden del día, la farmacología hoy resulta una mega industria reforzada por los desarrollos tecnológicos y publicitarios propiciados por el capitalismo.

En otros términos, quitapenas oferentes de repliegue narcisista los hay de todo tipo, por mencionar ejemplos: yoga, meditación, todo tipo de pantallas tecnológicas, video juegos, formas de comunicación virtual, etc. sin embargo, asumiendo cual es el carácter de quienes figuran implicados en el padecer toxicómano, claramente salta a la vista el acierto del autor, pues, son quienes en el tóxico encuentran la ortopedia

necesaria para valérselas con el malestar, los que viven como si el propósito de la era se consumara así sin más.

Ciertamente el malestar inclina hacia los quitapenas culturales de cada época, diríamos con Freud (1931), en tal asidero todo sujeto estaría expuesto de caer en la operación toxicómana; ahora bien, cuando las estadísticas enuncian al sujeto adolescente como protagonista (en tanto las drogodependencias se inician mayoritariamente en la adolescencia; y a su vez, esta sería la época histórica donde el consumo adolescente crece en relación a otras) lo que afirman, es justamente la sobreexposición del adolescente, en tanto su malestar posee una fuerte intensidad arraigada a su condición de re-edición de las angustias constitutivas.

Siguiendo lo anterior, es que saltan a la vista diversas preguntas, variadas posibles indagaciones. Preguntas relacionadas con la distinción de aquellos adolescentes que terminan por definir en el camino de la toxicomanía sus vidas, a diferencia de aquellos que no, siendo en términos de condición subjetiva una común vulnerabilidad. Las respuestas a esto, por lo frecuente podrían perfilarse en la singularidad de la clínica, en la particularidad histórica y subjetiva de cada sujeto que implicado con una sustancia, logra inmiscuirse en la operatoria de repliegue con un único objeto inclinante de oceánico estado (felicidad ilusoria expuesta por Freud (1932)). Sin embargo, no deja de llamar la atención, que hay adolescentes que caen presos de la ilusión y otros que no, más allá de los recursos que uno u otro puedan poseer para la defensa ante el malestar, incluyendo a estos posibles senderos de indagación a *los padres y madres* de la época, en relación a sus singularidades

constitutivas y adquiridas en una era determinada. Resultan por cierto, caminos interesante de abordar.

Preguntas en relación al ejercicio clínico no dejan de presentarse. Por una parte, aquellas relacionadas con el ejercicio de derechos, pues, dada la no consideración de un sujeto a abordar, en el aspecto clásico definido por las grandes organizaciones, sino que más bien un tóxico del que alejar, las vulneraciones pueden estar a la orden del día. Agregando a lo anterior, la condición de encierro a las que, en ese escenario de tratamiento, debiesen avocarse las llamadas *rehabilitaciones*, agregando también, la profunda discriminación existente para con los sujetos consumidores en la cultura en general y médica en particular. Por otra parte, preguntas en relación a los variados trabajos avocados al trabajo clínico para con sujetos toxicómanos, sin embargo, además de variadas las posiciones en ese aspecto, resultan además variadas las perspectivas respecto del trato terapéutico con adolescentes; siendo la mezcla entre ambos: adolescentes toxicómanos, un terreno amplio a abordar desde el psicoanálisis.

Si bien las premisas que fundamentan este trabajo parten por presentar que el abordaje que deja sin sujeto al fenómeno de las toxicomanías, y que se inclina por alejar a estos de las sustancias tóxicas como solución mundial, tiene puntos en todo su aspecto cuestionables, no deja de ser alarmante, que a su vez, no solo el trato para con el fenómeno no resulta eficiente, sino que también, propiciante del fenómeno, al generar y reproducir la idea de que todo toxicómano es víctima de una sustancia, potenciando en ellos, la sensación de que el problema no está en ellos, sino, en una sustancia con carácter de maldita, de la que deben vivir defendiéndose de no volver a

caer presos de ella (si es que la rehabilitación operó). Poniendo con tal percepción, a la sustancia toxica como una poderosa precursora de estados subjetivos placenteros y en algunos incontrolables, marcando así una representación de esta, a lo menos llamativa de consumir, manifiesta a su vez con la alarmante prohibición.

Saltan a la vista preguntas respecto del trabajo realizado y a realizar para con el problema, es decir, dadas las implicancias culturales y los asideros de trato institucional, parece necesario re-visar y/o reinventar las premisas que persiguen una posible solución (a lo menos, la salida de la sustancia toxica como ilusión de bienestar del horizonte de los adolescentes y/o consumidores todos), para lo cual la investigación con basto trabajo se perfila otra vez como necesaria.

Los adolescentes de la era del vacío, de la época del ideal toxicómano, vivencian su singular e intenso malestar amparados de una cultura que no ofrece ritos de paso, y que el abanico de quitapenas brindados por esta, dan por promesa un evite de la angustiada sensación por medio de repliegues narcisistas, pues sin mañana, sin proyecto ni ideal de trayecto futuro con sentido, no queda más que gozar la inmediatez, como alcance de logro. El adolescente de la época se encuentra más expuesto que el de otras pasadas, dada la radicalización de la tendencia adictiva, dado el incremento de la facilidad de accesos a todo tipo de quitapenas, este puede encontrar en el estandarte toxicómano una salida que lo haga vivenciar en la carne, el evite de los sin sabores constitutivos y los de un mundo que empuja a sus habitantes a un goce desmesurado como modo de éxito vital.

VII. BIBLIOGRAFÍA

Braunstein, N. (2009) *Goce: Un Concepto Lacaniano*. Buenos Aires, Argentina:

Siglo XXI.

CICAD (2015). *Informe sobre Uso de Drogas en las Américas*. Santiago, Chile.

CONACE (2009). *Estrategia Nacional sobre Drogas 2009 – 2018*. Santiago, Chile:

Ministerio del Interior.

Freud, S. (1897). *Carta 79. (22 de diciembre de 1897)*. OC. T. I. Año edición 1992.

Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1900). *La Interpretación de los Sueños*. OC. T. V. Año edición 1991.

Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1905). *Tres Ensayos de Teoría Sexual*. OC. T. VII. Año edición 1992.

Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1931). *El Malestar en la Cultura*. OC. T. X XI. Año edición 1992. Buenos

Aires, Argentina: Amorrortu.

Firpo, S., Lassalle, A., Ortega, A., Díaz, N., Prates, C. y Sansarricq, J. (2000) *Clínica*

Psicoanalítica con Adolescentes. En Ortega, A. (Ed.), *Problemática del*

amor: Inicio de las relaciones sexuales (p. 47-88). Rosario, Argentina:

Homo Sapiens.

Lacan, J. (2003) *Escritos I y II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI

- Lacan, J. (2008) *Seminario IV: La Relación de Objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2010) *Seminario V: Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Le Poulichet, S. (1996) *Toxicomanía y psicoanálisis: La narcosis del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lipovestky, G. (2000) *La Era del Vacío: Ensayos sobre el Individualismo Contemporáneo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Nasio, J. D. (2013) *¿Cómo Actuar con un Adolescente Difícil? Consejos para Padres y Profesionales*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Observatorio Chileno de Drogas (2014). *Décimo Primer Estudio Nacional de Drogas en Población General de Chile, 2014*. Santiago, Chile: SENDA.
- Sinatra, E. (2010) *¿Todo sobre las drogas?* Buenos Aires, Argentina: Grama
- UNODC (2012). *Informe Mundial sobre Drogas*. Viena.
- UNODC (2016). *Informe Mundial sobre Drogas 2016*. Resumen ejecutivo. Viena.
- Vera Ocampo, E. (1981). *Droga, Psicoanálisis y Toxicomanías*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.